guido solo de los fieles moriscos andaluces y de algunos alcaydes, y se recogió en Fez donde fué recibido en triunfo.

Gobernaron por algun tiempo los dos hermanos pacíficamente el imperio, en Marruecos el uno y el otro en Fez, pero sin que Abú-Fers cesara de tender lazos á Muley Xeque para quedarse con todo. Al fin, desembozándose, y alegando diversos pretestos, envió un ejército contra Fez, compuesto de siete mil infantes y ocho mil caballos, al mando de su hijo Abdelmelic, mancebo brioso de diez y ocho años. Tenia Muley Xeque un hijo de diez y nueve llamado Abdallah, que Abú-Fers habia tenido en su poder mucho tiempo, hasta que pudo escaparse un dia y reunirse en Fez con su padre: á este encomendó el mando de un ejército de tres mil caballos y seis mil infantes para ir al opósito de su primo. Juntaronse los campos entre Fez y Mequinez, y tuvo lugar un combate indeciso, despues del cual los dos primos se retiraron con mucho órden á sus provincias respectivas. Pero en esto Abdelmelic murió de peste, y Abú-Fers tuvo que tomar el mando de su ejército. Marchó contra él Abdallah despues de reorganizar sus fuerzas, y á la vista de Marruecos le presentó la batalla, que fué larga y empeñada, aunque al fin venció el de Fez, y Abú-Fers, sin entrar en la ciudad, corrió despavorido á refugiarse en las montañas de Sus. Abdallah entró en Marruecos, y mandó decapitar á once alcaydes que, despues de haber jurado á Muley Xeque, seguian el partido de su hermano. Escandalizó mucho á los marroquies este heeho, y mas que los alcaydes hubieran sido sacados violentamente de las mezquitas; y como habia una antigua y peligrosa rivalidad entre los vecinos de Fez y los de Marruecos, sobre cuál de estas ciudades habia de ser capital del imperio, determinaron los vecinos de la última ciudad rebelarse contra Abdallah y los de Fez que formaban el núcleo de su ejército. Para ejecutarlo, enviaron emisarios á Muley Cidan, que vuelto de Turquía, andaba á la sazon levantando la provincia de Tafilete, y le pidieron que viniera á ponerse á su cabeza. No se hizo de rogar el Cidan, y reuniendo mil quinientos infantes y cuatro

mil caballos, se presentó de improviso delante de Marruecos, con lo cual los vecinos tomaron las armas, y todos juntos acometieron á Abdallah, que no pudiendo defenderse por la sorpresa, huyó seguido de algunos renegados; y los marroquíes hicieron una horrible matanza de *fezenos*. Clamó venganza la ciudad de Fez al saberse estas noticias: juntáronse hasta cuatro mil infantes y tres mil caballos con sesenta cañones, y á las órdenes de Abdallah marcharon de nuevo sobre Marruecos. Envió contra ellos Muley Cidan á un renegado, de nombre Mustafa, con veinte mil hombres de á pié y á caballo y treinta cañones, el cual fué derrotado por los fezenos. Entonces el mismo Muley Cidan presentó batalla á su sobrino en los llanos de Rezalaim, á cinco millas de Marruecos con unos trece mil hombres y mucha artillería, y fué tambien vencido con estraordinaria matanza de los marroquíes, con lo cual huyó él á Sus, y la ciudad abrió sus puertas.

No abusó Abdallah esta vez de la victoria y se mantuvo en Marruecos en paz hasta que apareció un *morabito*, nieto de una hermana del *Moluco* y del magnánimo Muley Ahmed, y del mismo nombre que este, el cual saliendo de la sierra donde vivia en penitencia, comenzó á predicar contra los xerifes y á exortar á las cabilas y aduares á no pagar los crecidos tributos que por causa de la contínua guerra pesaban sobre ellos. Fué contra los sublevados de órden de Abdallah un alcaide llamado Ali-Gutierrez, el cual los venció en muchos encuentros; pero reforzándose sin cesar los alarbes, derrotaron al fin á algunos caudillos de los de Fez, y estos cargados de riquezas, y atemorizados por la antipatía que inspiraban en todo el pais, comenzaron á volverse á su tierra dejando desamparado á su príncipe. Quedaron solo con Abdallah los moriscos andaluces, los renegados, y su madre, hermanos y mujeres, y con esta comitiva emprendió de nuevo pesaroso el camino de Fez. La ciudad de Marruecos abrió al punto sus puertas al morabito Muley Ahmed, el cual reinó en ella tres meses, hasta que Muley Cidan, que estaba refugiado en Jarudante, vino sobre él, lo derrotó y ocupó de nuevo su trono. En el ínterin Abu-

Fers, cansado de errar solo por las montañas del Sus, se presentó de improviso en Larache donde se hallaba Muley-xeque su hermano, y le prestó homenaje. Recibió el xeque á su mal hermano con la humanidad que solia; y aprestando por aquel tiempo un nuevo ejército lo envió con su hijo Abdallah contra Cidan y Marruecos. Esta vez volvió la espalda la fortuna al siempre victorioso mancebo, que era muy inferior en fuerzas á su tio, y á dos jornadas y media de Fez, en las márgenes del Buregreb, fué derrotado. En seguida el renegado Mustafá, general de Cidan, se apoderó de Fez, y Muley-xeque tuvo que refugiarse en Larache. Desde allí, persuadido por un genovés llamado Juanetin Mortara, de la buena voluntad que tenia de protejerle el rey católico, se embarcó para España, dejando encomendada á Abdallah la defensa de su causa.

Residia este Juanetin Mortara hacia algun tiempo en Fez, donde disfrutaba de la confianza del xerife. La córte de España que estaba muy preocupada por entonces con la importancia de ocupar á Larache, mantenia negociaciones constantes por su medio con Muley-xeque, ofreciéndole amistad y seguridades, mientras se proporcionaba ocasion de sorprender la plaza ó de obtenerla por cesion de los moros. Oyó de buen grado el xeque las promesas de amistad del rey católico, y Juanetin le respondió hasta con su cabeza de que no seria acometido por las armas cristianas durante las guerras civiles que sostenia. Pero en el ínterin se disponia en España una armada y el marqués de San German se presentó en Larache, comenzó á desembarcar gente, y se habria apoderado de la plaza á no sobrevenir temporales, y hallarla mas prevenida que pensaba. Debió Juanetin á la clemencia del xeque el no pagar con su cabeza la torpe direccion que habian dado al negocio los ministros de Felipe III; pero fué encerrado en una mazmorra donde estuvo hasta que victorioso Muley Cidan, recordó el xeque los partidos que en otro tiempo le habia hecho el rey de España. Volvió entonces á verse con Juanetin, y como Mustafá enviase gente á prenderle al propio tiempo, no tuvo mas remedio que ponerse á merced del agente espa-

ñol, el cual despues de mil singulares trabajos lo condujo á España. Desembarcó Muley-xeque en el pequeño puerto de Villanueva de Portiman en los Algarbes, y allí fué el conde del Castillo D. Bernardino de Avellaneda, asistente á la sazon de Sevilla, á visitarle y le trajo por agua á las inmediaciones de Sevilla, en las galeras de Portugal, que gobernaba D. Luis Bravo de Acuña. Vino en efecto Muley acompañado de Mortara, y despues de asistir á un espléndido banquete cerca de Sevilla, se alojó en Carmona donde esperó las resoluciones del rey católico. Ya un cierto Mr. Sanson habia querido atraerle en Portugal al partido de su nacion, ofreciéndole para recobrar el trono la ayuda de cien aventureros franceses (1); pero Muley, aconsejado por Juanetin Mortara, desechó las proposiciones que se supone que eran bajo mano de Enrique IV, y aceptó las de España, que se reducian á que pusiese á Larache en nuestro poder mediante doscientos mil ducados y seis mil arcabuces, que al cabo no hubo que pagar del todo, dejando en rehenes en el ínterin sus mujeres y tres hijos suyos. Fueron largas y muy complicadas las negociones antes de llegar á concertarse en la entrega de Larache, porque el xerife cada vez que recibia noticias favorables de Africa comenzaba á cejar de sus compromisos, estimulado por los alcaides que lo acompañaban, y que con loable prevision, y patriotismo ni aun en trance tan duro opinaban por dar la plaza á los cristianos (2). Pero habiendo cedido todos al fin, partió Muley-xeque de Carmona y en Gibraltar se embarcó en las galeras de Portugal que le trasportaron á la costa vecina de nuestra fortaleza del Peñon, donde plantó sus tiendas. Sus hijos y mujeres fueron enviados á Tánger. Entretanto, su

---

(1) Gil Gonzalez Dávila. *Vida y hechos del rey D. Felipe III*, Fray Marcos de Guadalajara. Quinta parte de la *Historia pontifical*.

(2) Estas curiosas negociaciones están muy bien descritas en el precioso *Manual del oficial en Marruecos*, publicado en 1844 por D. Serafin E. Calderon, libro de grande utilidad para mí en varios lugares de estos *Apuntes*.

hijo Abdallah, abandonado de todos habia tenido que refugiarse en Melilla; pero animado luego por su tio Abu-Fers, y con la ayuda que le dieron los deudos de una mora con quien acababa de casarse, se puso de nuevo en campo con solos ochocientos caballos, y venciendo á Mustafá en un combate, entró triunfante en Fez, llevando encadenado al renegado vencido á la cola de su caballo. Pocos dias despues, ó su tio Abu-Fers conspiró contra su padre, ó Abdallah se imaginó que conspiraba, y el caso fué que entrando el airado mozo en su aposento acompañado de dos renegados y un eunuco lo ahogó con su propio turbante. Con esto y la fama de las riquezas que de España traia Muley-xeque, se levantó de nuevo su partido y acudió infinidad de gente á visitarle en la playa de Velez de la Gomera, donde tenia su campo. Allí estuvo muchos dias luchando con el deseo de cumplir su palabra por una parte, y por otra con la oposicion de todos sus alcaides y de su propio hijo Abdallah, que estaba apoderado del imperio. Fué menester pensar en desposeerlo; y Juanetin Mortara logró con su astucia que se declarasen contra él todos los alcaides, y que su padre les ordenase echarlo de Fez. Refugióse Abdallah en las sierras, y temiendo que el padre, poco apto para la guerra, echase mano de su hermano Yahia para ponerlo en el lugar que habia él ocupado hasta entonces, sin reparar que era su compañero, y que aun en aquella tribulacion le seguia, le degolló inhumanamente, y publicó él mismo la noticia por el imperio. Era esto á la la sazon que Muley Cidan reunia ejército contra Muley-xeque en Marruecos, dándole el mando á su hermano Abdelhamed, mozo de grandes alientos. Muley-xeque, aunque afligido y desesperado por la muerte de Yahia, á quien queria con extremo, tuvo que resignarse á oir los consejos del mismo Mortara, y otorgar en galardon á la bárbara astucia de Abdallah el mando de sus tropas. Con ellas fué este sobre Abdelhamed que lo juzgaba todavía fugitivo, y lo derrotó completamente, volviendo á entrar en triunfo en Fez. Muley-xeque en esto se habia venido por las sierras del Riff, acompañado de Juanetin Mortara, desde el Peñon hasta

los llanos de Tetuan, y desde allí, seguro ya de Abdallah, cumplió la palabra empeñada enviando dos alcaides de su confianza á Larache, los cuales entregaron tranquilamente los castillos y la plaza al marqués de San German D. Juan de Mendoza, que la ocupó con nueve galeras y tres mil hombres. No habian faltado impaciencias y desconfianzas por nuestra parte, y el de San German habia amagado la plaza mas de una vez inútilmente y habia esperado en la mar, vagando de una á otra costa, por algun tiempo la entrega. Recibió tras esto el xeque los tres hijos que tenia dados en rehenes; y habiendo reducido al paso la ciudad de Tetuan, que estaba alzada, y hecho huir á las sierras al rebelde xeque Naccis que la gobernaba, parecia que iba á quedar otra vez poseedor de su reino. No disfrutó, sin embargo, de tranquilidad por mucho tiempo. Al llegar aqui sobreviene de nuevo la oscuridad, y no se hallan mas que noticias sueltas de los acontecimientos.

Luis Cabrera refiere en el libro titulado *Relaciones de las cosas sucedidas en la córte de España*, últimamente dado á luz, que á primeros de octubre de 1513, tres años despues de la entrega de Larache ó Alarache, murió de herida de azagaya Muley Xeque en Alcázar, donde residia por órden, segun se decia, de Muley Abdalla, su hijo, el cual estaba retirado en Fez por no tener con que hacer la guerra. Gil Gonzalez Dávila en su *Teatro de las Grandezas de Madrid*, afirma que «tratán»dose de la restitucion ó restablecimiento en el trono de Muley »Xeque, un moro traidor y mal vasallo suyo llamado Golife, »le mató en su tienda cerca de Tetuan con que cesó lo que se »habia prometido.» Parece, pues, que el cumplimiento de su palabra y el rescate de sus hijos con la entrega de Larache, le costó la vida á aquel príncipe tan rebelde á su buen padre, y tan bondadoso él mismo por todo el resto de su vida. Tratando de la muerte de Muley Xeque, dice tambien Cabrera (1) que al mismo tiempo que el victorioso Abdallah estaba en Féz sin

---

(1) Véase la obra antes citada y que se publicó de real órden.

emprender cosa alguna, el *Morabito* habia recobrado á Marruecos, obligando á Muley Cidan á refugiarse en las montañas de donde salia solo á hacer la guerra de asaltos y correrías. Debió esto durar poco si fué cierto, porque no mucho despues que murió Muley Xeque, hallamos al Cidan ocupando solo el imperio. El P. Guadalajara conjetura que el descontento de los moros por la entrega de Larache, le impidió al mismo Abdallah suceder á su padre. Supónese que aquel incansable y valeroso príncipe se refugió despues de vencido una vez mas en Sús, perseguido por Muley Cidan; y allí comenzó á propalar profecías y hacerse el santo entre los rudos naturales, tocando un adufe por los aduares, y llamándolos verdaderos creyentes á sus banderas, hasta que reunió un corto esuadron de soldados con el cual renovó la guerra. Fuéle al principio favorable la fortuna y derrotó á un capitan de Muley Cidan apoderándose de la ciudad de Agher. Pero no tardó en revolver su tio Muley Cidan sobre él, con tan poderoso ejército, que al fin lo deshizo y le dió muerte: hombre este Abdallah cruel, pero valiente y sagaz como el que mas de los que tuvieron fama de grandes en su tiempo. Atribúyese la superioridad que tomó al fin Muley Cidan sobre sus rivales (1) al auxilio que le dieron doscientos aventureros ingleses que un cierto Juan Gifford gobernaba. De los demás hijos de Muley Xeque que vinieron á España con él, nada se sabe de cierto. Entretanto, no cesó por parte de Muley Cidan y de Felipe III la enemistad nacida del auxilio que este rey prestára á Muley Xeque. De esta enemistad, se originó en los moriscos, rebelados al llevarse á efecto el duro decreto de su espulsion, la loca idea de proponerle que pasase á España y con ayuda de ellos la conquistase. Oyó el Cidan con indiferencia este partido desesperado y se contentó solo con estimular á sus súbditos á que se ejercitasen en la piratería contra los españoles. Hubo necesidad, pues, de vigilar las costas marítimas, y en 1611, D. Ro-

(1) Véase el manual del oficial en Marruecos.

drigo de Silva y Mendoza, comendador de Martos, apresó cuatro navíos de corsarios que, por cuenta de Cidan, andaban robando; quemó tres de ellos, y conservó uno muy grande. Pocos meses despues, corriendo la mar de Berbería D. Pedro de Lara, tropezó junto á Salé con dos navíos, y peleando con ellos por no haber querido darse á partido los rindió, hallándose entre otras cosas, mas de tres mil volúmenes en lengua árabe de varia erudicion y doctrina. Léese en la *Mision historial de Marruecos* una carta dirigida al rey D. Felipe IV por Muley Xeque, uno de los hijos de Mnley Cidan, donde el príncipe moro manifiesta que «en un navío francés cargó el »rey su padre, los tiempos pasados, en el puerto de Saffi para »que fuese á Santa Cruz, muchas cosas y piezas de valor y »estimacion, y entre otras, una gran cantidad de libros; y que »el dicho francés hizo con ello traicion, y quiso Dios para su »castigo que lo tomasen los españoles.» Sea que el francés pretendiese robar los libros, y que á él se los quitasen los nuestros, considerándole como pirata ó súbdito marroquí, sea que las naves fuesen marroquíes, y dos en vez de una como se creyó en España, lo cierto es que sintió mucho Muley Cidan esta pérdida y ofreció dar hasta setenta mil ducados por su rescate; pero Felipe III le envió á decir, que solo daria los libros en cambio de la libertad de todos los cautivos que se hallaban en su reino. Pareció que consentia el moro en la demanda, pero como las guerras en que anduvo empeñado no le permitieron ejecutar lo que se le pedia, fueron al fin trasportados los libros á la biblioteca del Escorial. Al mismo tiempo, para impedir á los corsarios marroquíes la navegacion del Océano, meditaba nuestra corte la conquista de la Mamora, fortaleza, hoy destruida y situada no lejos de El-Araisce ó Larache. Encargóse la espedicion á D. Luis Fajardo, capitan general del mar Océano, con seis mil quinientos hombres de desembarco que transportó en noventa y un bajel y muchos capitanes de nombre, entre los cuales se contaban el conde de Elda, que gobernaba las galeras de Portugal y el duque de Fernandina, que tenia el mando de las de España; el maestre de

campo Gerónimo Agustin, el famoso Cristobal Lechuga que hacía de mayor general y el ingeniero Cristobal de Rojas.

En agosto de 1614, se presentó la escuadra delante de la Mamora. Habian echado los moros tres barcos á fondo en la entrada de la ria para impedir el paso; y no fué posible arrimarse á la playa en algunos dias por el mal tiempo; así es, que cuando ya fué posible el desembarco, habia acudido alguna gente mora á impedirlo. Sin embargo, los duques de Elda y de Fernandina, barrieron con sus galeras la playa, y al abrigo de sus fuegos, saltaron en breve tiempo á tierra hasta dos mil soldados con pérdida de uno solo, y se formaron en escuadron. Marcharon en seguida sobre el fuerte que defendia la ria, y se entró con poca resistencia El almirante Vidazabal entretanto, para distraer á los moros, cañoneó á Salé; y los demás buques de la escuadra destruyeron los corsarios, no solo berberiscos, sino aun de aventureros europeos que habia ocultos en aquellas ensenadas. Comenzóse en seguida á fortificar una eminencia y á ocupar bien el lugar, y se pidieron con urgencia refuerzos á España. Conmovióse todo el reino con esta nueva, y así de Andalucía como de Murcia y especialmente de Madrid, salió la flor de la nobleza para la Mamora, y «fueron tantos, »dice Luis Gonzalez Dávila, que ninguno se atrevió á quedar »en la córte, teniendo por cosa vergonzosa estar en ella cuan»do las armas de su rey entraban victoriosas en Africa» (1). Pero ni merecia la ocupacion de una pequeña cala y un fuerte insignificante tanto entusiasmo, ni del que hubo se sacó fruto alguno. Salió el general con la gente de refuerzo al campo varias veces y ahuyentó á los moros, que en poco número se le oponian, porque Muley Cidan, ocupado en otras cosas, no pensó en recobrar lo perdido. Luego la escuadra y los aventureros se volvieron á España, y el fuerte quedó encomendado á una corta guarnicion como las demás plazas de Africa. Dió

(1) Todas estas luchas con los marroquíes las tomó de este autro en la historia de Felipe III.

motivo el año de 1619 para otra espedicion, emprendida con el fin de socorrer á Larache, que un cierto Muley Mohamamed, levantado contra el Cidan, tenia intencion de sitiar segun parece. Encomendóse la escuadra á D. Antonio de la Cueva, teniente general de las galeras de España; el cual, no contento con dejar en la plaza los bastimentos y gente que llevaba, atacó y destruyó en el puerto de Arcila dos naves moras de guerra y algunas mercantes; hizo huir á otras y cañoneó las murallas de la ciudad con grande estrago, dando libertad á algunos ingleses que andaban por allí cautivos. Al volver á España tropezó con otro navío moro, y lo obligó á embarrancar en la costa, donde lo quemó, poniendo en libertad á otros cautivos holandeses (1). Tales derrotas no desanimaron á los marineros mauritanos, con los cuales se juntaban piratas y aventureros cristianos, franceses, holandeses y aun ingleses Llegó á punto la insolencia de los marineros de Salé, singularmente, que tanto maltrataban ya á los moros pacíficos que hacian el comercio de aquellas costas, como á los españoles y demás europeos, y Muley Cidan tuvo al cabo que poner mano en ello, enviando á Cárlos I de Inglaterra una embajada magnífica (2), para pedirle ayuda con que esterminar á los piratas. Diósela de buena voluntad el rey Cárlos, interesado por el comercio; y secundado por los bajeles ingleses, Muley Cidan tomó á Salé y condenó á muerte á todos los piratas que la habitaban. Muley Cidan, que tan duramente los castigó, los habia alentado mucho hasta entonces, y en 1623, segun el *Mercurio francés* de aquel año, ajustó un tratado con los holandeses que ya lo tenian hecho igual con los demás potentados berberiscos, para piratear juntos ó combatir, segun decian, á los comunes enemigos (3). De creer es que los saletinos, cuando Muley Ci-

(1) Gil Gonzalez Dávila. Teatro de las grandezas de Madrid. Victorias por la mar.

(2) Véase la Historia Universal publicada por una sociedad de literatos ingleses. Tomo 26 que comprende la Historia de Berbería y de los reinos de Marueco y Féz.

(3) Véase Le Neuviesme tome du Mercure francois.—París, 1624.

1619 Arcila

dan los esterminó, se hubiesen ya declarado independientes de su soberanía. Por último, corriendo el año de 1830 le sobrevino la muerte á Muley Cidan, que tantas y tan largas contrariedades habia esperimentado en su vida, y en las cuales mostró que no le faltaban ni constancia, ni otras prendas de valía.

Desde esta fecha en adelante vuelve á aclararse la historia del Mogreb-alasca, merced especialmente al libro, citado antes, que se intitula *Mision historial de Marruecos*, compuesto por Fr. Francisco de San Juan del Puerto, fraile de las *misiones* y testigo de muchos de los hechos que refiere. Tres hijos de Muley-Cidan le sucedieron uno tras otro en el reino. El primogénito Abdelmelic, era cruel de naturaleza, pero se hizo al fin muy amigo de los cristianos. Por aquel tiempo las relaciones entre estos y los habitantes de Mogreb-alacsa eran frecuentísimas, y bien encaminadas habrian podido dar pacíficos pero copiosos frutos. Durante el reinado de Muley-Cidan y los de sus hijos, los ingleses no cesaron de mantener comunicaciones con los marroquíes. Tambien los holandeses hemos visto que hacian causa comun con ellos. Pero los que mas influian naturalmente en el Mogreb eran los españoles y portugueses. En la infausta batalla de Alcázar-quevir hubo un escuadron de renegados que pelearon furiosamente; y era renegado portugués Reduan, el principal ministro del *Moluco*, y renegados fueron antes y despues muchos de los mejores caudillos que gobernasen las huestes moras. El gran número de prisioneros portugueses que quedó en todo el Mogreb despues de la jornada, hidalgos muchos de ellos y gente de cuenta, las embajadas benévolas de Felipe II, los viajes de algunos xerifes á España y á las posesiones españolas, y el comun conocimiento que habia de la lengua castellana por causa de los muchos moriscos allí refugiados, hicieron que los moros se acostumbrasen al trato de sus vecinos cristianos, y olvidasen por algunos años la esquivez con que solian mirarlos desde la expulsion de los príncipes africanos de la Península. Contábase entre los prisioneros de Alcázar-quivir un fraile agustino llamado Fr. Tomás de Jesus; hombre de piedad y ente-

Familiaridad con los cristianos

reza, el cual viendo que en solo Marruecos ascendian á dos mil los cautivos cristianos, comenzó á ejercer entre ellos su ministerio, y renovó las *misiones* extinguidas en tiempo de los xerifes primeros, de las cuales queda alguna reliquia notable todavía. Sucedieron á Fr. Tomás en las misiones, despues de su muerte, algunos otros sacerdotes, los más de los cuales fueron martirizados sin piedad por los moros, y aun el mismo Abdelmelic mandó matar varios al principio de su reinado; en venganza, segun dicen, de no haber podido recobrar como intentó, la plaza de la Mamora. Pero aconteció que Abdelmelic se baldó de un brazo, y no halló quien le curase en todo su imperio hasta que le dieron noticia de un médico español que habia cautivo, de nombre Andrés Camelo, y natural de la villa de Conil en Andalucía, el cual tuvo la habilidad y la fortuna de dejar sano al príncipe en poco tiempo. Pidió Camelo en recompensa, ya que la libertad no queria dársela, que permitiera el rey venir á Marruecos á su mujer y tres frailes españoles; y Abdelmelic dió permiso y seguro para ello. Fué ya el bárbaro príncipe amigo de los españoles hasta su muerte, pero no de otros estranjeros, porque generalmente así como queria bien á los renegados, detestaba á los que no profesaban el culto mahometano de que él era observador muy celoso. Se cuenta que habiendo hecho despedazar por sus leones, ó mutilar á algunos franceses cautivos, el embajador de esta nacion se quejó agriamente á la Puerta otomana, considerando como dependientes suyos á los príncipes mauritanos. Irritóse Abdelmelic al saberlo, de tal suerte, que juró matar al primer embajador ó agente que le enviasen los reyes de Francia. Estos, despues de las inútiles tentativas que habian hecho para influir en el Mogreb-alacsa en tiempo de nuestro protegido Muley-Xeque, no habian cesado de mantener algunos tratos ó inteligencias con los moros, á fin de mejorar la condicion de su comercio y de sus súbditos maltratados constantemente en las costas berberiscas. Acertó á presentarse en Marruecos poco despues del juramento de Abdelmelic Mr. Sanson, el mismo tal vez que se acercó en Portugal á

Muley-Xeque, y antes de darle audiencia hizo el monarca moro esconder en el vecino aposento un verdugo con el fin de mandarlo decapitar si se daba por enviado del rey de Francia; pero el astuto francés, advertido á tiempo por un renegado de su nacion, desvaneció sus sospechas fingiéndose comerciante, y así pudo marcharse á salvo pero sin obtener de su comision fruto alguno (1). Para comprender la cólera que en este caso esperimentó Abdelmelic hay que tener presente que él fué el primero que tomó el título de *Sultan*, ó emperador de Marruecos, Fez, Sús y Tafilete, que desde entonces se ha solido dar en Europa á sus sucesores, aunque en España solo el dictado de reyes de Marruecos y de Fez se les continuó dando como antes, y así se ha observado generalmente hasta nuestros tiempos. Murió el Sultan Abdelmelic á manos de unos renegados que hallándose recostado al descuido en unas almohadas en palacio, le asesinaron de órden de su hermano Muley el Valid que aspiraba al trono.

En virtud de esta forma de sucesion tan frecuente en el bárbaro imperio, Muley el Valid se hizo luego aclamar por el pueblo, y su primer acto fué mandar arrastrar por las calles el cadáver de su hermano. Acababan de llegar por entonces los frailes españoles que habia llamado Abdelmelic á Marruecos, y no les costó poco trabajo ser admitidos. Sin embargo, consiguieron que Abdelmelic los tolerase y el influjo europeo ejercido por ellos y los renegados se dejó sentir aun por algun espacio de tiempo, logrando al fin el francés Mr. Sanson, ajustar un tratado con el nuevo príncipe. No bien empuñó este el cetro, comenzó á vejar y perseguir á sus vasallos, juzgando que se afirmaria en el trono mas por el rigor que por la blandura. Desenfrenó sus iras, especialmente contra los que antes de ser rey no lo atendieron como á tal, y despues en todos los que no acertaban á lisonjearlo; sin que se viesen seguros de sus tiranías ni sus domésticos, ni sus ma-

(1) Véase la relacion de Davity: citada en la Historia Universal de los literatos ingleses.

yores amigos. Luego empezó á hostigar á los pueblos cobrando mas tributos de los que sus leyes permitian, la costumbre de sus antecesores habia usado, y la cortedad de los naturales podia ofrecer, pareciéndole que empobrecidos estos, no tendrian alientos para resistirle. Estancó los géneros, y se hizo mercader de los víveres mas necesarios al consumo, pregonando castigos para los que osasen venderlos ó comprarlos hasta que él hubiese alcanzado su ganancia; y al propio tiempo no vendia él sus géneros hasta que la necesidad pasaba de estrema, y entonces ponia el precio mas acomodado á su codicia. Esta tiranía le grangeó el nombre de *Rey de la hambre.* Entregóse á la par á las obscenidades mas torpes, siendo generalmente tan crecido el número de concubinas, como hermosas vasallas le noticiaban los lisongeros; y en fin, debajo de una mal compuesta hipocresía, encerraba los mayores vicios.

De dia en dia mas cruel, quitó la vida á su hermano menor Muley-Ismael, á dos sobrinos y á siete xerifes, que era de quien podia recelar que le disputasen el trono. No habia ya en la córte en quién castigar sus miedos, ni de quién sospechar, sino era un hermano suyo de edad de diez á once años, llamado Muley Mohamed Xeque, hijo de Muley-Cidan, su padre, y de una renegada española. Curiosa é interesante es por demás la relacion que hace el autor de la *Mision historial,* de las persecuciones de este príncipe, que ocupó al cabo el trono de Marruecos. Eran los padres de la renegada buenos cristianos: cautiváronlos los moros, y asi murieron muy ejemplarmente. Quedó huérfana la niña y aunque otras cautivas la procuraron albergar, y criar en la ley de Cristo, no pudieron ocultarla tanto que no llegase á Muley-Cidan la noticia de su belleza. Mandó al punto que se la llevasen, y aficionado de su hermosura, la solicitó con cariños, para que dejando su ley se hiciese mora, siendo el desposorio segura espresion de su agradecimiento. Resistióse la niña varonilmente, despreciando sus ofertas: pero, entrándola por fuerza en la real clausura, la vistieron el turbante, y luego que tuvo edad la recibió al fin Muley-Cidan por esposa. Tal fué el orígen que tuvo Mo-

hamed Xeque. Reunia el tierno xerife buenas prendas naturales, y estaba muy bien educado por su madre, como críada entre gente cristiana. Dejábase comunicar con cariño de algunos de los súbditos, y como era hermoso, y al rey lo aborrecian muchos por sus crueldades y vicios, no faltaba quien le mirase ya con esperanzas de que él habia de aliviar de aquella servidumbre al imperio. Este cariño que inspiraba el niño no se le ocultaba al Valid, y sacando por consecuencia su ruina, se propuso darle la muerte. Descubrió estos depravados intentos á algunos de los suyos, los que le pareció de mayor confidencia; pero como todos querian bien al niño no tardó en ser delatado á la madre que vivia aun, y dos tias hermanas de su padre, mujeres de un corazon determinado.

No era dudoso el éxito de la contienda desde que las hermanas de Muley el Valid se declararon contra él, y en pro de su sobrino Muley Xeque porque era pusilánime el sultan cuanto ellas determinadas, y tan despreciado y aborrecido estaba él, como ellas queridas y honradas. Exigieron al Valid que les entregase al sobrino para tenerlo en custodia, y no osó aquel negarse á su deseo, aunque á condicion de que vigilaria su conducta un viejo esclavo negro en quien tenia él gran confianza. En esta conformidad corrió algun tiempo sin permitir las tias que el prisionero saliese á los divertimientos propios de su edad, porque sabian bien que el rey su hermano acechaba la ocasion para matarlo. Algunas veces, ciego de cólera, entró el Valid en la prision determinado á ejecutar por sus manos la muerte deseada; pero como las tias espiaban sus pasos, se prevenian con tiempo para la resistencia con singular celo, teniendo escolta suficiente prevenida para cualquier lance y con tal valor una de ellas, que no se le caian de la cinta dos pistoletes y una gumia turquesca. En el ínterin, continuaba el Valid maltratando á sus vasallos, y aun llegó á atropellar indiscretamente á los de su guarda, que eran renegados, y de quien solo fiaba la seguridad de su persona. Ofendió á unos, quitó la vida á otros, y á todos les negó el corto salario que el servicio real les concedia. Comenzó con

esto á divulgarse por el pais el rumor que precede de ordinario á las revoluciones y, si no le negaban ya absolutamente la obediencia, al menos ponian muchos en cuestion si se la debian. No desaprovecharon las tias como mugeres sagaces la coyuntura que se les ofrecia, y se determinaron á solicitar la muerte del tirano, para poner en su lugar al sobrino que ya contaba diez y seis años. Descubrieron su propósito al criado negro que las vigilaba, el cual tenia ya mas amor al niño Muley Xeque, que fidelidad á su tio, y asi pudieron valerse de su esperiencia y cautela para tentar el ánimo de los renegados que guardaban al rey, prometiéndoles de su parte buenas dádivas, y de parte del rey futuro honores y conveniencias. Hallóse un renegado muy valeroso y dispuesto á cualquier atrevimiento, llamado Mohamed, hijo de un portugués y de una mujer de Córcega, buenos católicos, que habiendo muerto en la esclavitud, dejaron aquel hijo pequeño, hecho moro como tantos otros por fuerza. A éste envió Muley Xeque para que ejecutase la accion, dos pistoletes y su misma gumia; y él buscó para que le ayudasen á otros tres renegados, franceses de nacion y mozos de brios. Un dia que Muley Valid mandó llamar á tres asesinos que tenia dispuestos para acabar de una vez con el sobrino, el paje á quien encomendó esta mision, y que estaba ya ganado por sus enemigos, buscó á los cuatro renegados que no andaban lejos, acechando ocasion, y les dijo como el rey quedaba solo en el *Mexuar*, que lograsen el tiempo, y que él iria con pasos perezosos á hacer la diligencia que le mandaba. Con esta noticia se abalanzaron los renegados á la estancia, y al verlos llegar el Valid, en mal formadas voces les dijo: «¿qué es lo »que quereis de mí?» Dió la respuesta la boca de un pistolete; pero tan mal apuntado, que no lo lastimó la bala. Sin embargo, el rey acobardado se dió á la fuga gritando, y los cuatro siguieron su alcance, aunque tan turbados, que no acertaban á rematar su obra. Pero entretanto, al rumor escandaloso que se escuchaba dentro de palacio, acudieron otros conspiradores, y sospechando la ocurrencia, cerraron las puertas

todas por donde de afuera podian favorecerlo. Así mataron al cabo al Valid y al punto abrieron la prision al príncipe recluso, siendo la primera razon que le dieron, besarle el pié; en lo cual y el alborozo con que vinieron las tias, conoció que ya era emperador de Marruecos. Dividiéronse luego las mujeres en diferentes tropas, y con la confusion de pastoriles instrumentos de que se componen sus músicas, salieron cantando el triunfo del nuevo rey, como si hubiera vencido la mas reñida batalla. Juntóse al propio tiempo la gente que habia en palacio, y al frente de ella, fué el nuevo rey al salon del homenage; donde sentándole en el real trono, segun su estilo, le volvieron á besar el pié, que es el juramento de fidelidad que ellos hacen. Allí mismo hizo el nuevo rey su mayor bajá al renegado portugués Mohamed, y luego fué sin dificultad reconocido por todas partes. Tal fin tuvo Muley el Valid y tal principio el nuevo Muley Xeque; y de intento nos hemos detenido á describir uno y otro, porque aparte del carácter de verdad que da á los hechos la relacion del autor de la *Mision historial*, se refleja en ellos bastante el estado moral y político de Marruecos por aquel tiempo.

Estuvo muy distante Muley Moammed Xeque, que tal era su nombre, de tener un reinado tan feliz como prometia su principio. Aquí y allí se levantaron algunos rebeldes, que le usurparon territorios considerables, siendo el mayor y tan peligroso como se vió luego, un *morabito*, que hácia la parte de Tafilete, se proclamaba nuevo xerife. Los rústicos y sencillos alarbes y moradores de aquellas remotas tribus atraidos por las estravagancias del morabito, no tardaron en formar al rededor suyo un ejército. Comprendió bien Muley Xeque el peligro que aquella rebelion ofrecia, y deseoso tambien de señalarse en las armas marchó á buscar al supuesto xerife de Tafilete, que no rehuyó la batalla. Peleóse con tan poca fortuna de parte del campo de Muley Xeque, que quedó deshecho, teniendo éste que ponerse en precipitada fuga despues de haberle muerto la mayor parte de su gente, y apresado los bagajes y muchos víveres y municiones. Comenzó luego el Xeque á

formar nuevo ejército con que reparar tan gran desastre, pero le faltaba dinero para pagar tropas que solo de esta suerte creia poder asegurar de deserciones, y lienzos, bonetes y otras cosas con que grangearse el amor de los soldados; y no encontraba traza para proveerse de ello, aunque ofrecia algunas conveniencias y partidos al príncipe que lo socorriese. Hallábase á la sazon en Marruecos un cierto Roberto Blake, que en aquella córte seguia negociaciones por parte de Inglaterra, y sabiendo este lo que el rey pretendia se ofreció pronto á socorrerlo, prometiendo á cambio de las ventajas ofrecidas, todo lo necesario para la guerra. Perolos dos bajás de quienes hacia estimacion mas singular Muley Xeque, que eran aquel Mohamed, y otro llamado Jaduar, ambos renegados peninsulares, recelosos de las intenciones del inglés, le dijeron, que para qué queria inteligencias con una corona tan distante como Inglaterra, pudiéndolas emprender con mas prontitud en España que estaba mas vecina, y de cuyos puertos podia lograr con brevedad el socorro. Representáronle ademas que eran tan generosos y opulentos los reyes de España, que solo por su grandeza, sin mas iuterés que hacer bien â necesitados, favorecian, como lo habia hecho en Túnez el emperador Cárlos V; y por último, le aconsejaron que, si queria comunicarse con los reyes de España, podria hacerlo por medio de los frailes que habia en Marruecos. No era solo socorro de dinero lo que deseaba el rey, y lo que le persuadió á seguir el dictámen de los renegados españoles: tenia otra idea de mayor consecuencia, como se conoció luego, que era prepararse un salvoconducto para el caso de verse desposeido del reino, y en peligro de morir como siempre sucede á los príncipes vencidos en aquella tierra. Lo mismo Muley Xeqne que los renegados españoles, cuyas cabezas peligraban tambien no poco, veian claro que para salvarse en un dia de fuga, los reyes católicos, por estar tan vecinos y por la seguridad que ofrecia su natural clemencia, eran de mas útil alianza que otros, y esto dió aliento á la natural inclinacion que asi el rey como sus

consejeros tenian á España, porque ellos eran españoles, y él era nieto tambien de españoles como sabemos. Lo cierto es que llamaron á un fraile apellidado Fray Matias, y le encargaron que viniese á España á entablar las negociaciones para el tratado, ofreciendo tal vez trigo, por ser aquellos años de gran esterilidad en España, y venir con efecto gran cantidad de trigo de Berberia, salitres y caballos, en ocasion que los necesitaba mucho España para las grandes guerras que Felipe IV sostenia en Italia, Flandes, Cataluña y Portugal; con otras ventajas políticas que no han llegado á saberse. En cambio lo que pedia principalmente Muley Xeque era la seguridad de ser bien acogido en España en caso de aprieto; siendo tan grande el terror que le inspiraba á la sazon el rebelde Xerife de Tafilete, que empezó á enviar su familia y siervos á Saffi, á fin de embarcarlos en aquel puerto. Pasó fray Matias á España, trayendo en su compañía muchos cautivos españoles que en testimonio de buena voluntad le dió Muley Xeque, contándose entre ellos aquel médico D. Andrés Camelo, que fué causa de la venida de los frailes á Marruecos, y un cierto Manuel Alvarez, que hacia en el cautiverio de almocaden de los cristianos. Desembarcó fray Matias en Sanlúcar, donde se presentó al duque de Medinasidonia, capitan general de Andalucía, y desde allí comunicó ya al rey D. Felipe y á su Consejo los principales puntos de la embajada, y luego pasó á Madrid donde le entretuvieron cuatro años, sin poder cobrar una letra de catorce mil pesos que el rey habia mandado darle para costear la vuelta á Marruecos. Despues de mil tribulaciones, halló medios fray Matias para volver á Marruecos con los regalos y prevencion conveniente; pero adoleciendo de enfermedad, murió en Córdoba, y se encargó entonces de la embajada el P. Fray Fracisco de la Concepcion, acompañado de un agente particular llamado D. Miguel Escudero y de todas las provisiones necesarias. Corria ya el año de 1646 cuando llegó de España á Marruecos la respuesta á la alianza solicitada en 1640. Tan tristes y difíciles tiempos eran aquellos para la monarquía católica. Recibió, sin embar-

go, Muley Xeque con sumo agrado á los embajadores, que
por otra parte se hicieron con sus liberalidades mucho parti-
do en el pueblo; pero ya la necesidad y espanto en que se
vió años antes, habian pasado, porque el tal Xerife de Tafi-
lete, ocupado, como veremos despues, en otras guerras y con
mala fortuna, no habia continuado los progresos de sus ar-
mas en Marruecos, segun se temia despues de la gran victo-
ria alcanzada. Asi fué que á la carta de Felipe IV en que le
daba gracias por la libertad de los cautivos y deseos de alian-
que mostraba, le contestó recordándole la restitucion de la re-
cámara de Muley Cidan, y diciéndole que «en cuanto á las co-
»sas de valor no las pedia, pero que los libros deseaba que el
»rey de España se los enviase, siendo servido, porque sabia
»que los tenia todos, y que á los reyes no se les ponia cosa
»por delante para hacer su voluntad.» Dió al mismo tiempo li-
bertad á todos los cautivos españoles que habia en sus Estados;
pero no por eso se le devolvieron los libros, y sin ninguna
recompensa volvió la embajada á España. No es fácil imagi-
nar el sentimiento que tuvo Muley Mohammed Xeque al ver
que no se le devolvian los libros. Manifestó su desabrimiento
á los religiosos, los envió nuevamente á España á pedir los
libros, y cuando se convenció de que no se le devolverian,
como ya no contaba por nada nuestra alianza, trocó en saña la
amistad antigua. Es de advertir que por los años de 1658 en
que se notó aquella mudanza, Muley Mohammed habia cambia-
do ya de condicion para con todos, por consecuencia del vicio
de la embriaguez á que se entregó de tal suerte, que apenas
volvió á estar en su juicio el resto de su reinado. Ocurrieron
al propio tiempo algunos casos de conversiones de moros y
y otros de fugas de cautivos, y no fué menester mas para que
el monarca moro comenzase á perseguir con violencia á los
religiosos españoles, aconsejado, segun se supone, de un
esclavo protestante que tenia. Fueron aquellos años de grande
esterilidad en Marruecos: hambres, desórdenes, tiranías, ase-
sinatos continuos revolvieron ó escandalizaron el imperio. Mu-
ley Mohammed Xeque era ya aborrecido por las torpezas á que

empezaba á entregarse, y sobre todo, por su amor al vino, prohibido por la ley alcoránica. Suscitáronsele nuevas perturbaciones, y entre otras, una muy grave en Tetuan, que se alzó contra él con todo su algarbe ó comarca. Llegaron á punto las cosas que Muley Xeque se resolvió á marchar contra los rebeldes. Allí le esperaba un fin no mas dichoso que el que sus predecesores habian por lo comun alcanzado, porque habiendo sentado sus tiendas en los despoblados que median entre Tetuan y Alcázar, y habiéndose quedado solo y ébrio como solia en un lugar apartado del campo, le encontraron por azar unos naturales y, conociéndole, le mataron arrojándole sobre la cabeza una peña. «En los instrumentos de los misioneros, »dice el P. Fr. Francisco de San Juan del Puerto, solo se dice »que murió y el tiempo, pero no las circunstancias, de donde »me moví para preguntarlas á algunos moros, hombres de me»jores noticias, y unos me han informado de las que quedan »dichas, y otros me aseguran que murió en Marruecos de su »muerte natural, aunque convienen en que le provino de una »muy grande embriaguez.» La semejanza de nombre de este Muley-Mohammed-xeque con aquel otro Muley-xeque que entregó á Larache y murió tambien asesinado entre Tetuan y Alcázar, puede enjendrar la sospecha de que el fin de este se confunda con el del monarca de quien ahora tratamos, y que de esto provengan las versiones distintas de los moros. Sin embargo, otras versiones están contestes tambien en que murió Muley-Mohammed-xeque á manos de unos rebeldes (1), aunque dentro de Marruecos, que se supone tomada por ellos. Añádese, y en esto están conformes muchas relaciones, que los rebeldes que mataron á Muley-Mohammed, alzaron en su lugar á uno de los caudillos de ellos llamado Crom-al-Hagí, el cual mandó matar á todos los descendientes que se hallasen de los xerifes, y fué asesinado de allí á poco por su propia mujer. Lo cierto es que el P. Fr. Francisco de San Juan del Puerto, á quien vamos siguiendo, sin hacer mencion de tal empe-

(1) Véase la *Historia Universal* varias veces citada.

rador, afirma que á Muley-Mohammed-xeque le sucedió su hijo Muley-Labes ó Muley-el-Abbas, único que habia dejado á pesar de las muchas mujeres que tuvo.

Entró á reinar en 1655 este príncipe, y no disfrutó de tranquilidad el poco tiempo que ocupó el trono. Apenas habian pasado dos años desde la muerte de su padre cuando un tio suyo, hermano de su madre que era bajá de los alarbes, se levantó contra él y le disputó el imperio. Vino el tio con buen ejército contra Marruecos, y como el jóven Muley-el-Abbas no se atreviese á esperarlo extramuros porque no tenia iguales fuerzas, se hizo fuerte en las murallas; y allí aguantó el sitio que duró algunos dias. La madre del Abbas, considerando al hijo en tal riesgo y creyendo que la cólera del tio no tenia otro principio que alguna falta de atencion del sobrino, aconsejó á este que abriese las puertas al rebelde, fiándose del parentesco que entre ellos habia. Siguió el jóven príncipe el consejo de la madre, y dejando la ciudad se entró confiado por las tiendas de su tio, el cual salió á recibirlo con suma humildad al parecer, pero con pensamientos aleves. Dió á entender el tio que le pesaba gravemente de lo hecho, ofreció sujecion ejemplar en adelante, y se celebraron con públicos festejos las nuevas paces, pasándose algunos dias en esto, hasta que el sagaz tio pudo ir ganando ó reemplazando á los principales ministros de aquellas ciudades y provincias que no tenia á su devocion. La trama fué breve tanto como alevosa, y cuando los alcaides y bajás estuvieron puestos á satisfaccion del tio, una tarde que Muley-Abbas fué á visitarlo, como solia, en su campo dispuso aquel que le diesen muerte, y en seguida se hizo aclamar Sultan por sus tropas. Asi acabó el infeliz Muley-el-Abbas, que no habia alcanzado en todo mas que cuatro años de imperio; y en él se extinguió la familia de Muley-Cidan, y la famosa dinastía de los xerifes que tanta fama habia logrado adquirir en el Africa.

XIII.

Ya por este tiempo los rebeldes de Tafilete, que en tanto peligro habian puesto á Muley-Mohammed-xeque, derrotándole en batalla campal, habian reanudado la carrera de su engrandecimiento y se preparaban á apoderarse de todo el imperio fundando en él una nueva dinastía. Inútil fué para impedirlo el asesinato de Muley-Abbas y el ensalzamiento del tio: la dinastía que este fundó pasó como una ráfaga de humo por el Mogreb-alacsa sin dejar huella de su paso. Llamábase el usurpador Muley-Abdelquerim-ben-Becr, y era hombre sagaz, segun se cuenta, y de buen juicio práctico, pero tuvo los vicios ordinarios de su nacion y de su ley, y le impidió ser justo el modo mismo con que se habia elevado. Desde luego fué recibido con horror, aunque sin resistencia por los vasallos que amaban al muerto Muley-Abbas, por su sobrado candor y bondad, con extremo. Marchó contra la ciudad de Saffi que se le habia rebelado y no pudo tomarla. Lleno de recelo y suspicacia mandó derribar el convento que tenian los frailes españoles en Marruecos, aunque en verdad á ellos los persiguió menos que otros de sus antecesores. No le faltaron, mientras vivió, á este príncipe disgustos y alteraciones, nacidas de la mala voluntad de todos. Refrenólas como pudo y logró asi reinar nueve años, hasta que un criado suyo, de quien él hacia gran confianza, trayéndolo por inmediata guarda de su persoua, le acometió un dia al entrar en su alcázar con la alabarda de que iba armado, y lo atravesó de parte á parte. No pudo saberse el motivo que tuvo para accion tan osada, porque en el instante mismo fué hecho pedazos por la servidumbre del muerto soberano. Luego fué aclamado por los cortesanos su hijo primogénito Muley-Becr, que solo gozó de la corona dos meses. Enviaron los principales vecinos de Marruecos, como habian hecho en otras ocasiones, secretos emisarios á los sublevados señores de Tafilete, estimulándoles

á que viniesen á tomar posesion del imperio. Y como llegase este mensaje cuando mas pujantes se hallaban precisamente, y con mas deseo de hacer conquistas los nuevos reyes de los fililies ó filelis, que asi se llamaban los habitantes de Tafilete, no se hicieron esperar por cierto.

Eran estos filelis, como los fundadores de las mas famosas dinastías de la Mauritania ó Mogreb-alacsa, unos impostores que afectando cierto orígen sagrado, y grandes virtudes, habian logrado atraerse la voluntad de las fanáticas é incultas cabilas que residen en las yermas soledades del sur del imperio. Su orígen se cuenta de esta manera (1). Por los años de 1620 de nuestra era, volvieron de la Meca ciertos *hagis* ó peregrinos amazirgas, y se establecieron en las cercanías de Tafilete de donde eran naturales. Traian con ellos á un tal Alí-ben Mohammed-ben Alí-ben Yusuf, al cual, aunque estraño, todos amaban y respetaban por sus admirables virtudes, y por ser, al decir de algunos, si ya no es que él propio lo cundia, vigésimo séptimo descendiente de Alí y de Fátima la Perla, hija única de Mahoma. En cuanto á su orígen, era de nacion árabe y natural de Yambó, en las costas del mar Rojo, no distante de Medina; y por tal descendencia, como se le suponia andaba en reputacion de Xerife. Establecido aquí con los filelis, se empleó por algunos años en el cultivo y labor de los campos, los cuales dieron en todo aquel tiempo abundantísimas cosechas, cuando antes no solian producir nada, ó bien abrasados con espantosa sequía, ó bien asolados con frecuentes tormentas. Y como la fama de sus virtudes era tanta, y la santidad de su orígen creida, no dudaron aquellos sencillos moradores en atribuir á su presencia lo que era obra del azar y de la naturaleza. Persuadiéronse de todo punto de que era un bienhechor de la tierra favorecido de Dios, y enviado del Profeta, su abuelo, para repartir entre ellos felicidad

(1) Tomo muchas noticias referentes al orígen de la actual dinastía y á los hechos de algunos de sus príncipes, señaladamente los mas modernos, del libro del conde Graberg de Hemsóo, titulado *Spechio geografico e statistico dell'impero di Marocco.*

y abundancia; y tanto pudo esta voz, que encendidos en veneracion y entusiasmo los habitantes de Tafilete y sus inmediaciones, le alzaron al fin por rey de la comarca. No se puede asegurar de cierto, si este xerife estaba ó no emparentado con los que á la sazon reinaban en Marruecos; y mucho menos aun podria afirmarse que aquellos ni él descendiesen verdaderamente de Alí, y de Fátima la Perla. Más que duda merecen, á la verdad, tales parentescos contemplando que los fundadores de todas las dinastías muslimes, que han reinado sobre el Mogreb-alacsa no han presentado por título de sus pretensiones sino motivos ó pretestos religiosos, siendo de los mayores y mas apreciados en todas ocasiones el descender del Profeta. Pero ello es que Alí-ben-Mohammed levantó un trono en Tafilete, sin que de su tranquilo y feliz reinado quede otra memoria.

Sucedióle su hijo Muley-Xerife, al cual reputan algunos como fundador de su dinastía llamada desde luego de los Filelis, por la provincia de Tafilete, donde se levantó, y tambien de los Hoseinitas, nombre tomado de Hosein, segundo hijo de Alí y de Fátima, tenido, segun queda referido, por su progenitor, con razon ó sin ella. Tuvo este príncipe en sus mujeres hasta ochenta y cuatro hijos varones y ciento veinte cuatro hijas: número que deja entender sus costumbres, y cuánto mas dado fuese al descanso y tratos de amor que no á trabajos y peligros de guerra. Fuéle preciso pelear sin embargo. Declaróse por enemigo suyo Sidi-Omar, rey de Ylej, y venciéndolo en un una batalla, se apoderó de su persona y lo retuvo como prisionero. Muley-Xerife, reducido de esta suerte á la condicion particular, despues de haber sido rey, no echó de menos por cierto, su grandeza antigua, ni sus alcázares, ni sus ejércitos, ni sus servidores, sino solamente el régio harem y el trato de las hermosas mujeres que allí tenia. A punto llegó su sentimiento en este punto, que despachó mensajes al vencedor pidiéndole que le diese una concubina al menos con quien compartir sus dias; y oyendo el de Ylej tan vil demanda, indignado de que tal hiciese hombre que habia llevado

nombre de rey, le envió por burla y menosprecio la mas grosera y deforme de sus esclavas negras. No la desdeñó, no obstante, Muley-Xerife, y de ella tuvo dos hijos que se llamaron Arraxid el uno é Ismael el otro, ambos harto famosos luego. Al cabo Muley-Xerife fué restituido al trono de Tafilete por la piedad del vencedor, y el resto de su vida lo pasó, segun se dice, en hacer felices á sus vasallos, porque aparte de lo lujurioso, dícese de él que era humano y prudente, aunque eran muy desiguales siempre sns virtudes á las del padre, que se tuvieron por grandes y son muy nombradas en Africa. Este Muley-Xerife fué sin duda el que antes de sus desventuras logró con el valor de sus alarbes poner á Muley-Mohammed-Xeque en los grandes apuros que le hicieron solicitar nuestra alianza.

El hijo primero que le sucedió fué Mohammed, que ha dejado nombre de justo y de amable: fué muy querido de sus vasallos y reinó poco. Aquel mulato Arraxid, el mayor de los hijos que tuvo Muley-Xerife de la esclava negra de Ylej, se levantó contra él, y no pudiendo ó no osando resistir Mohammed, se quitó por sí mismo la vida.

Era este mulato intrépido capitan, activo y sagaz, cuanto cruel y sanguinario, y se hizo desde el principio temible lo mismo á los vasallos de su padre que á los estraños. Apenas se vió señor de Tafilete, tendió la vista en derredor, y viendo cuán dividido andaba el antiguo imperio moro, comprendió que no le seria difícil sujetarlo todo él á su cetro. Juntó bien pronto un ejército copioso en las cabilas bárbaras que le seguian, y marchó con él hácia Fez, que apenas hizo resistencia, y se rindió á su poder lo mismo que toda la comarca. Continuó luego por algun tiempo afirmando y estendiendo su poder, y de todo el Mogreb-alacsa se le reunieron muchos soldados, á la fama de su valor, que hacia tiempo no tenia igual en Africa. En este punto las cosas, fué cuando recibió la embajada de los ciudadanos de Marruecos, y cuando marchando contra el débil y aborrecido Muley-Becr, se apoderó sin esfuerzo alguno de la cabeza del imperio.

Entró Muley-Arraxid en Marruecos en medio de las aclamaciones de los ciudadanos, que le tenian por verdadero xerife, corriendo el año de 1668. Mandó luego cargar de cadenas al destronado Muley-Becr y á los pocos alcaydes que le habian servido, y á él y á ellos los hizo decapitar públicamente. No paró en esto su saña contra aquellos usurpadores, antes bien, para aparentarse mejor xerife, y vengador de aquella familia extinta, hizo desenterrar el cadáver de Muley-abdelquerim y quemarlo en una plaza. Luego nombró por lugar-teniente suyo en Marruecos á su sobrino Muley-Mohammed, y reservándose el título de Sultan ó emperador, él al frente de su ejército continuó la carrera de sus conquistas. Favorecido siempre por la fortuna embiste y rinde á Salé y Rabatt, que al parecer habian vuelto á declararse independientes; entra por tierra de Sús, y todos los pueblos obedecen su ley; subyuga ó extermina, no sin récios combates, á los moros rebeldes, que ocupaban ciertos pasos del Atlas, descendientes estos, segun algunos, de mas de cincuenta mil cautivos cristianos, que Yacub el vencedor trajó de España y empleó en la fábrica de Marruecos; y por vengar en el de Ylej la rota de su padre y antigua afrenta de su familia, camina contra él, triunfa y toma la capital por fuerza de armas, persigue al príncipe Sidi-Alí, que habia heredado á Sidi-Omar, hasta los confines de la Nigricia, é iba ya á traspasarlos en demanda aun de su enemigo, cuando un ejército de cien mil negros vino á estorbárselo, declarando que el fugitivo habia tomado seguro entre ellos, y que no permitirian que allí se le tocase ó hiciese mal alguno. Arraxid, disimulando su cólera, por no sentirse con poder bastante para arrollar aquel enjambre de negros, se volvió á Fez donde habia puesto su córte desde que la conquistó. Allí supo que su sobrino Mohammed, mozo ligero y sin experiencia, seducido por algunos alcaydes que pretendian medrar en los disturbios, y contaban con ser mas poderosos debajo de su débil imperio que debajo del de su tio, y estimulado por el descontento de los vecinos de Marruecos, al ver que Muley-Arraxid habia establecido en su ri-

val Fez la córte, comenzaba á juntar armas y soldados para declararse independiente. Pronto como un rayo Muley-Arraxid (1) se puso al frente de la caballería de su guarda y de improviso se presentó delante de Marruecos, donde por mas disimular el sobrino lo recibió en triunfo. Pero Muley-Arraxid no era hombre á quien fácilmente pudieran engañar los conjurados, y despues de ocupar los mejores puntos de la ciudad, los prendió á todos, y los mandó decapitar al punto, desterrando al sobrino con humanidad, poco usado de él, á los castillos de Tafilete. No gozó Arraxid, sin embargo, de su triunfo, porque habiendo querido tomar parte en los festejos de la ciudad corriendo la lanza y la escopeta, cayó ébrio del caballo, y murió á los tres dias sin acertar á decir mas una palabra.

Fué este Muley-Arraxid, como se vé por sus hechos, hombre de grandes cualidades; pero las afectaba su crueldad, que aun en Marruecos parecia escesiva. Dió, segun se cuenta, en mirar el oficio de verdugo como uno de los que mas honraban la magestad imperial, y por su propia mano solia castigar á los criminales. Los suplicios que ordenaba eran tales, que con emplearse casi siempre contra hombres malvados, infundian ordinariamente horror y vergüenza. Preciábase de justo, pero no le quedó sino reputacion de bárbaro y cruento. Cuéntase de él un hecho notable. Uno de sus ministros encarecia en presencia de Arraxid la seguridad en que estaban las calles de la capital, y dijo: «Dias há que anda en mitad de »ellas un saco de nueces sin que nadie sea osado á recogerlo.» «¿Pues cómo sabes que sean nueces?» Preguntó el Sultan. «Sélo porque dí con el pié en el saco,» repuso el ministro. «Cortarle el pié que en tan culpable curiosidad empleara,» dijo entonces el Sultan á sus guardas, y aquella sentencia fué ejecutada. Como de estas cosas podrian referirse otras muchas, aun negando crédito á algunas que no parecen bien ave-

(1) *Mision historial de Marruecos.* Sevilla 1708, caps. 39 á 41 del lib. 5.º Llámanle en esta obra Muley-Raxet-Arfis.

riguadas, ó desmienten las noticias mas dignas de crédito. Fué Sultan ó poseedor del imperio solo cuatro años.

Por estos tiempos el alzamiento de Portugal y la decadencia de España habian ya quitado á la península todos los medios antiguos de influir en la Mauritania. No dejó de sufrir hostilidades España de parte de los moros vecinos á sus fortalezas desde el reinado de Felipe III. Un moro andaluz, llamado el *Blanquillo*, ejercitó por mucho tiempo la piratería con fortuna, hasta que D. Jorje Mascareñas, gobernador de Tánger, destruyó su bajel persiguiéndole con dos medias galeras hasta que embarrancó en la playa. Por la parte de Mazagan se peleó siempre mucho y con varia fortuna, distinguiéndose su gobernador, Tellez de Meneses, en muchas salidas; en una de las cuales tal vez los moros habrian sorprendido la plaza á no ser por el esfuerzo de su mujer, que al frente de los habitantes defendió los muros. Logró entonces Tellez una victoria muy señalada de los moros, que acaudillaba un santon, llamado Seid, predicando la guerra santa. A la muerte de Felipe IV, quedaban en nuestro poder Melilla, el Peñon, Larache, la Mamora y Ceuta, que al tiempo de la separacion, fue conservada á España por su gobernador Francisco de Almey. Limitábase en la propia época el dominio portugués en Mauritania á la plaza de Mazagan, que Martin Correa de Silva, su gobernador, puso á disposicion del duque de Braganza, no bien supo la sublevacion de Lisboa. Tánger, la mas importante de las posesiones que heredó Felipe IV en Mauritania. pasó por bastantes vicisitudes entretanto. Mantuvo al principio aquella plaza por España, al estallar la sublevacion de Portugal, su gobernador Rodrigo de Silveira, conde de Sarzedas: pero de allí á poco la guarnicion y los habitantes se levantaron contra él, lo prendieron y proclamaron rey al duque de Braganza. Debióse esto á la consideracion de los monarcas católicos que no tenian mas que tropas y gobernadores portugueses en las plazas de aquel reino.

Corriendo el año de 1657, y durante las revueltas que acompañaron en su caida á los Xerifes, tuvieron los portugueses

que sostener en Tánger una guerra bastante empeñada con los moros de las inmediaciones (1). Gobernaba á los de Alcázar con cierta independencia, al parecer, un tal Gailan, y en los mismos términos regia un cierto Algazuan á los tetuanies. A la muerte del rey Juan juzgó Gailan que los portugueses, desanimados, no sabrian defender á Tánger, y con las gentes de Alcazar, y las de Tetuan que acudieron en su ayuda, formó un ejército de veinte y cinco mil hombres, sin artillería, con el cual embistió la plaza. Fácil fué á su gobernador D. Fernando de Meneses, conde de Ericera, contrastar con sus baterías las espingardas de los moros, y rechazar con su ealtad las propuestas de soborno que le dirigió el mahometano. Atrajolos un dia á las puertas de la ciudad finjiéndose casi rendido, y allí, con granadas de mano, que los inespertos moros no couocian, les causó daño muy considerable. En otra ocasion, al salir á forragear la caballería de la plaza, tuvo que sostener un choque en el cual las desordenadas turbas de Gailan llevaron la peor parte. Levantó con esto el sitio el moro, sin acertar siquiera á romper los conductos que desde fuera llevaban una parte del agua necesaria á la ciudad; y al retirarse, le tendió una celada el adalid portugués Simon Lopez de Mendoza, en que le eausó mucha pérdida. Irritó esto á Gailan de nuevo y coligado con Algazuan, volvio sobre Tánger, y la aeometió otra vez, distinguiéndose por su habilidad los escopeteros tetuanies; pero todo fué en vano, y maltratados por el fuego de la plaza, y de una carabela armada que allí tenian los portugueses, renunciaron al fin los moros á su empresa. En Mazagan, donde se peleaba como de costumbre, pereció en 1657 el adalid Gonzalo Barreto al ir á socorrer un centinela avanzado acometido por los moros; y el gobernador Francisco de Mendoza que hizo algunas correrías afortunadas por el campo moro ganando mucho botin y cautivos, fué al fin

---

(1) Francisco Brandano. Dell' Istoria delle guerre di Portogallo che continua quella di Alessandro Brandano. Roma. 1716. L. 14. 2.ª parte.

derrotado en un encuentro, aunque él se vengó todavía con otra algarada que hizo en que volvió victorioso. No cesaban en tanto los ingleses de esforzarse por adquirir influjo en Mauritania. Ofrecióles ocasion de adquirir en ella un puesto importante la sublevacion de Portugal y la guerra que se siguió contra los españoles, y en la cual tuvieron los portugueses que buscar auxilios por Europa. Diéronselos cumplidos franceses é ingleses: aquellos solo por acabar de hundir nuestra potencia: estos por lograr algun ventajoso partido. Ya D. Juan de Austria, con las reliquias de los ejércitos que habian sostenido la guerra de veinte y siete años contra la Francia se disponia á invadir á Portugal: confiaba el anciano Felipe IV en aquel esfuerzo supremo, y los portugueses parecian dispuestos á entrar en algun honroso concierto cuando doña Luisa de Guzman, tan funesta á su patria España, logró á pesar de la oposicion tenaz de los ministros españoles, traer la Inglaterra á aliarse descubiertamente con ella por medio del matrimonio del rey Cárlos II, recientemente restablecido en el trono, con la infanta doña Catalina su hija, á la cual se dió en dote la plaza de Tánger. Ajustóse en 1662 el tratado. Precisamente por entonces estaban muy desanimados los portugueses que guarnecian á Tánger, porque en varias salidas habian sido maltratados por los moros; y especialmente en una que aprovechando la guerra civil en que estaban hizo el adalid de la plaza, siendo gobernador de esta el conde de Avintes. Internóse en los bosques y las montañas á alguna distancia de Tánger el adalid, y aunque era cierto que los mas de los moros estaban ocupados en sus discordias, todavía hubo de ellos bastante número para caer sobre él y cortarle la retirada. Fué preciso abrir paso á viva fuerza y el adalid logró que el grueso de su gente se salvase, quedando él gloriosamente en el campo, y cincuenta de sus caballeros. Las lágrimas que este suceso ocasionó en la ciudad se juntaron á las que escitó en sus moradores la órden de entregarla á los ingleses, que fué para casi todos ellos la de abandonar sus hogares. Díjose por entonces en España que la rota de los caballeros tangeri-

nos habia sido preparada por el gobernador Avintes y la reina Doña Luisa, á fin de que ellos no resistiesen la entrega de la plaza; pero no hay bastante fundamento para autorizar tan negra sospecha. Más cierto parece que Felipe IV procurarse ganar, como se pretende, al conde de Avintes, para que en lugar de entregar la ciudad á los herejes la devolviese á sus antiguos señores los reyes de España. Lo cierto es que los ingleses ocuparon á Tánger, y que gastaron grandes sumas en su puerto y sus fortalezas como si hubiesen de conservarlo para siempre. Pelearon tambien con los naturales, y en una salida que hicieron contra ellos en número de quinientos ó seiscientos hombres, fueron cogidos en una celada, y muertos todos con el conde de Teviot, gobernador de la plaza que los mandaba. No dejó, sin embargo, de continuar la guerra en aquella parte, como solia suceder en todas las que habia fortalezas de cristianos, hasta que volvió Tánger á poder de los moros segnn veremos mas adelante.

Tal era la situacion de los cristianos en el imperio, y del imperio mismo cuando definitivamente se estableció en él la dinastía presente.

XV.

Corria el año de 1672, cuando murió Muley Arraxid, dejando establecidos á los fililies ó filelis en todo el Mogreb-alacsa desde el cabo de Num á la desembocadura del rio Muluya. De aquella nueva dinastia desciende la familia que aun hoy impera en Marruecos. Fué el primer príncipe de esta dinastia que heredó, ó mas bien usurpó todo el imperio, Muley Ismael, aquel otro mulato que tuvo Muley Xerife en la esclava negra de Ilej. No recogió, sin embargo, Ismael sin algun trabajo la herencia de su hermano. Habia dejado Arraxid dos hijos pequeños, de los cuales no se hizo cuenta alguna; pero el preso Muley Mohamed, que al morir aquél no habia llegado á Tafilete todavia, sabiendo que la caballería que habia llevado su

tio contra él se ponia de su parte y que le aclamaba la plebe, marchó rápidamente á Marruecos, donde fué proclamado sultan. Llegadas estas nuevas á las provincias, se alzaron en ellas diversas parcialidades, y aun se proclamaron algunos señores, de suerte que parecia mayor que nunca la anarquia. Muley Ismael en tanto, permanecia en su gobierno de Mequinez olvidado de todos porque no habia sabido granjearse muchos amigos. Por fortuna tenia á su servicio un cautivo cristiano, llamado Fernando del Pino, natural de Málaga á quien estimaba mucho, y el cautivo por su parte le pagaba en agradecimiento. Este, viendo entristecido al príncipe, le dijo: «¿Cómo es, señor, que teniendo mas derecho que otro alguno »no pretendes la corona?» «En verdad, respondió Ismael, que »por ser hijo de los reyes anteriores, Xerife, y legítimo her»mano del difunto, me corresponde la corona; pero no quiero »arriesgarlo todo cuando me hallo sin fuerzas para mantener »mi derecho.» «No es este pueblo, replicó Fernando del Pino, »que repare tanto en derechos como en las voces;» y alentando á su señor á la empresa, logró que él montase á caballo y se hiciera proclamar sultan. Recibióle sin dificultad la ciudad de Mequinez, y con los alarbes de las montañas vecinas, juntó luego Ismael un ejército, al frente del cual y provisto de artillería, marchó sobre Fez, que se resistió bastante. Cuéntase que faltándole municiones y no logrando sus proyectiles el efecto de atemorizar á los fezenos, le aconsejó Fernando del Pino, que quitase las cadenas á los cristianos y cargase con ellas sus cañones; con lo cual logró su objeto y no volvió mas á exigir que llevasen cadenas los cautivos durante su reinado. Habia entrado Muley Ismael sin obtáculo en Fez el viejo, por lo cual dispuso despues de su triunfo, que se derribase el muro de esta ciudad por la parte que dá á Fez el nuevo, prohibiendo que se reedificase jamás. Lleno ya de confianza Muley Ismael, marchó en seguida contra Marruecos, donde le esperaba su competidor Muley Mohammed con numerosas fuerzas. Dióse una batalla de poder á poder en las afueras de la ciudad, que ganó Ismael aunque á costa de mu-

cha sangre y peligros, y el vencido Muley Mohammed tuvo que refugiarse en la serranía de Tarudante, donde se hizo fuerte por algun tiempo. Allí le siguió la saña del tio, que haciéndole prisionero por traicion de los mismos que le seguian, le mandó degollar y quedó tranquilo en el trono. Así comenzó el largo reinado de aquel príncipe, que fué, segun el autor de la *Mision Historial*, «el rey mas obedecido y temido que »estampan los anales mauritanos; el mas cruel para los moros »y para los cristianos y misioneros, el mas úl benigno en los »timos años.» Envió Muley Ismael todos los cautivos cristianos de Marruecos á Fez, y permitió que los misioneros españoles trasladasen á esta ciudad el convento que ya tenian fundado en aquella. Luego desarmó la ciudad de Fez, poniendo en ella un gobernador ordinario, y reduciéndola á ciudad particular; y fijó su residencia en Mequinez, que fué hermoseado en su tiempo con una grande alcazaba y otros edificios. Prendió á todos los que por ser ó pretender que eran descendientes de xerifes podian estorbarle, y á unos los mandó degollar y á otros los encerró donde no pudieran causarle riesgo alguno. No por eso, sin embargo, se libró de disgustos. Tenia un hijo llamado Muley Mohammed, al cual amaba en estremo, educándole como á príncipe, mientras que á todos sus hermanos los hacia vejetar en la mas ruda ignorancia. Era este Mohammed, hijo de una cristiana hermosísima nacida en Georgia, que fué por mucho tiempo favorita de Ismael. Dejóla al fin este por los encantos de una negra gorda y deforme, llamada Leila Aixa, de quien tuvo otro hijo por nombre, Cidan. No tardó, pues, en encenderse la rivalidad entre las dos madres y los dos hijos.

Logró la negra al fin que Ismael mandase ahogar á la georgiana acusándola de infidelidad falsamente. Desengañóse al cabo Ismael, pero era tal el influjo que sobre él ejercia la negra, que para salvar de sus artes á Muley-Mohammed á quien mas que nunca queria, no halló otro arbitrio que fiarle el gobierno de Tafilete, donde tenia el serrallo de las mujeres que abandonaba. Allí tuvo Mohammed un choque con otro de sus herma-

nos llamado Maimon, tan rudo que acudieron á las armas. Mandólos prender á entrambos Ismael y que los condujesen encadenados á su presencia. Los detalles de esta entrevista bastan por sí solos para pintar el carácter de Ismael y de sus hijos (1). «¿Cómo, les dijo Ismael al verlos, viviendo yo aun »osais tomar las armas el uno contra el otro? ¿Qué hareis, pues, »despues de mi muerte?» Y en seguida les mandó exponer sus agravios. Dió Ismael la razon á Mohammed y dispuso que Maimon fuese desterrado á Tezami; pero al separarse exclamó este que nada le apenaba tanto como el verse postergado á un cristiano señalando con tal dictado á su hermano. Encolerizóse este sobremanera y el Sultan mandó dar primero un sable á cada uno de ellos para que en su presencia dirimiesen la contienda; y á ruegos de sus alcaides dispuso luego que les diesen sendos palos por armas. Lucharon asi delante del padre los hermanos hasta que estuvieron cubiertos de sangre. Dióles entonces Ismael la órden de cesar el combate, y Mohammed no quiso obedecerle, con lo cual furioso el padre arrancó el palo á Maimon y comenzó á golpear á Mohammed, mientras este lanzándose sobre su hermano lo derribaba en tierra y lo pisoteaba. En poco estuvo entonces que Ismael no atravesase á Mohammed con su lanza; pero al fin el cariño que le tenia le redujo á despedirlo de su presencia dándole el gobierno de Fez, que él deseaba. De aquí lo sacó al cabo de algun tiempo y lo envió á Tarudante, gobierno rebelado á la sazon y el mas importante del imperio. Logró Mohammed tranquilizar la provincia y allí residió en paz por algun tiempo mientras Muley-Ismael declaraba la guerra al rey de Argel, marchaba sobre Oran y la sitiaba, y era derrotado luego por seis mil turcos y otros tantos argelinos en una batalla campal, á pesar de que subia á sesenta mil, segun cuentan, el número de sus soldados. Durante la ausencia de Ismael la sultana negra Leila Aixa, imaginó para perder á Mohammed, que le era cada dia mas abor-

(1) Historia de *l'Empire des Cherifs*, citada en la *Historia Universal inglesa*.

recido, enviarle por escrito una órden falsa de su padre para que diese muerte al mas venerable y mas querido de los xeques de los alarbes. Cumplió la órden Mohammed, y cuando Ismael, que estaba de vuelta entonces en Mequinez, supo la nueva mandó á su hijo que compareciese en su presencia dispuesto á darle algun egemplar castigo. Vino Muley-Mohammed, mostró la órden, y el débil Ismael aunque al principio quiso matar á la pérfida sultana Aixa, acabó por devolverle su gracia, y el hijo desconsolado se volvió á Tarudante. Pero la medida del sufrimiento se habia llenado ya para aquel príncipe, y apoderándose de unos tesoros que venian de Guinea para su padre, juntó un ejército, derrotó al alcaide de Marruecos en un combate y se apoderó de esta ciudad. No hizo esto Mohammed sin escribir antes una carta á la sultana y otra á su hijo Cidan, llenándolos de injurias y declarándoles formalmente la guerra; mostrándose en todo mas leal y mas valeroso que ninguno de su familia. Envió Ismael al Cidan con un ejército contra su hermano y hubo entre los dos, corriendo el año de 1705, muchos encuentros y una batalla en la cual por traicion de un alcaide llamado Melic, que primero habia servido á su padre, fué Mohammed derrotado (1).

Cidan sitió á Tarudante despues de su victoria pero Mohammed se defendió tan bien que tuvo aquel que alzar el cerco. Al fin un dia que salió Mohammed de la ciudad á visitar su campamento la guardia le cerró la puerta, y en tanto una cáfila de soldados negros de la guardia de su padre que estaban de antemano emboscados, se echó sobre él y lo prendió á pesar de su esforzada resistencia. Víctima de una conjuracion, Muley-Mohammed lo fué bien pronto de la horrible venganza de su padre. Salió este á encontrar á su hijo seguido de una carreta cargada de leña y cincuenta esclavos cristianos que llevaban una caldera, aceite y otras materias inflamables y de seis verdugos con las cuchillas dispuestas. En un lugar lla-

(1) Historia de *l'Empire des Cherifs*.

mado Beth se encontraron padre é hijo : dispuso Ismael encender hogueras y hacer hervir en la caldera el aceite : despues mandó que subiesen en la carreta á su hijo y le cortasen la mano derecha, y cauterizasen en el aceite hirviendo la herida. Negóse el primer verdugo á derramar la sangre de un xerife y lo mató Ismael por sus manos. Luego otro verdugo le obedeció, y el infeliz príncipe sufrió con el mayor heroismo que le amputasen el pié y la derecha mano. Ismael, acabada la ejecucion, mató tambien al verdugo que la habia ejecutado, y exclamó dirigiéndose á su hijo : «¿conoces ahora á tu padre?» No permitió el bárbaro Sultan que llorase nadie por el príncipe sino una hija que tenia, y por demasiado sensibles mandó matar á cuatro de sus mujeres. En el ínterin Muley-Mohammed fué conducido á Mequinez en una mula, y allí murió á los pocos dias de gangrena. Muley-Cidan en tanto entró en la rebelada Tarudante despues de un largo sitio é inundó sus calles en sangre. Pronto sospechó de él Ismael al verle rico y poderoso, y lo llamó á su córte en vano. Fingióse enfermo de muerte, y estuvo cincuenta y dos dias sin salir de su cuarto con el fin de que la sultana madre escribiese á su hijo que viniese á recoger la herencia; pero no le valió la treta porque Cidan declaró que ni muerto ni vivo su padre se acercaria adonde él estuviese. Al cabo los moros llegaron á persuadirse de que Ismael estaba muerto, y comenzaron á tumultuarse de modo que el Sultan tuvo que salir de su escondite y aterrarlos con su inesperada presencia. No halló mas medio Ismael para deshacerse de Cidan que seducir á algunas de sus mujeres las cuales le ahogaron, encontrándole ébrio como solia en su lecho. Pero ni aun esto escarmentó á los hijos del tirano, y otro de ellos, por nombre Muley-Abdemelic, gobernador de Sus, se rebeló contra él negándose á pagarle tributo. En vano Ismael pretendió atraerlo para quitarle como á los otros la vida. Abdemelic fué sordo á los ruegos y á la amenaza de elegir á su hermano Muley-Ahmed-el-Dezahebi, menor que él, por heredero del trono. Murió, pues, en 1727 Muley-Ismael sin haber logrado someter al nuevo rebelde, abandonado de todos

por la asquerosa enfermedad que le produjo su fin, y dejando la mas odiosa memoria que hombre haya dejado en el mundo hasta ahora. Pocos de sus antecesores habian muerto como él en su lecho sin embargo; y ninguno habia alcanzadó á reinar el largo período de cincuenta y cinco años.

De dia en dia, durante su vida, habian ido aumentándose su lujuria y su crueldad, que llegaron á un punto verdaderamente increible. «Este rey, escribia el autor de la *Mision Historial*, tiene mas de cuatro mil concubinas y lo que mas pas»ma á todos es la fecundidad que ha tenido. El año de 1703 »pregunté á uno de sus hijos, que es el mas entendido de »ellos, que cuantos hermanos eran, y de allí á tres dias vino »con un papel donde traia escritos quinientos veinte y cinco »varones, y trescientas cuarenta y dos hembras, por lo cual »no dudo que ya habrán llegado á mil.» No rebaja este número ninguno de los escritores contemporáneos. (1) Prescindió Ismael de toda pompa esterior y comenzó á vivir groseramente con sus vasallos, fiando el respeto de su autoridad al terror de su nombre. Era mas aficionado á los negros que á los blancos y se cuenta que solo en Mequinez y sus alrededores llegaba á ciento cuarenta mil personas la poblacion negra que se estableció en su reinado. No desmentia en suma Ismael en sus hechos ni en su persona su orígen materno. Tenia, segun cuentan, la tez casi negra, coléricas las miradas y ademanes, y corta la estatura aunque era membrudo y ágil por estremo. Era pérfido, avaro, hipócrita y tan cruel que dejó muy atrás en esto á su hermano Arraxid. Dá la relacion de estas crueldades completa idea de los súbditos y del estado en que á la sazon se hallaba el imperio, al propio tiempo que del carácter del soberano; y por lo mismo conviene apuntar aquí con cierto pormenor algunas de ellas, por mas que conmuevan y horroricen el ánimo de los lectores.

(1) Tres mil mujeres y cinco mil concubinas supone que tuvo la Historia Universal de los literatos ingleses, antes citada. Graberg de Hemsóo admite tambien un número semejante.

Ismael, segun queda apuntado, respetó á los misioneros españoles mas que ninguno de sus predecesores, y ellos confiesan que mas bien tenian de él motivos personales de alabanza que de queja. Esto y el carácter sagrado de unos hombres que á tan horrendos peligros se exponian por dilatar la fé y sostener la verdad, basta para que tengan autoridad no comun los misioneros, y en particular el P. Fr. Francisco de San Juan del Puerto, que precisamente en este reinado residia en Africa, y cuenta, como testigo de vista, algunos de los hechos que siguen (1). «Fueron muchos, dice, los hombres que »puso vivos en la sepultura, enterrándoles todo el cuerpo y »dejándoles precisamente insepulta la cabeza, á fin de que sus »negrillos se enseñasen á tirar al blanco con los arcabuces: »otras veces mandaba á sus mismos pajecillos que les tirasen »piedras, y ellos lo hacian con tal destreza, como prácticos »ya en aquel ejercicio, que á poco espacio saltaban los cascos »de los infelices en menudas piezas. Faltaron una vez á pagar »la garrama los vecinos de un aduar, que eran en número de »seiscientas personas, y envió á un alcayde de su génio con »toda la facultad y escolta necesaria, para que le trajese las »cabezas de todos sin perdonar aun á los que pareciesen mas »inocentes ó menos culpados. Obedeció el ministro, y despues »de cortadas las cabezas, las fué poniendo en serones, hacien»do diferentes tercios, para traerlas al rey en cargas. Recibió »el inhumano príncipe aquella mercadería horrorosa, y re»creándose en el estrago, las fué contando por sus manos una »á una, para ver si habia algun fraude en la cuenta; y como »faltase de las seiscientas una tan solamente, ó porque se ha-

(1) La obra de este misionero, ya repetidas veces citada, se intitula «*Mision historial de Marruecos*, en que se trata de los martirios, persecuciones y trabajos que han padecido los misioneros, y frutos que han cogido los misioneros, que desde sus principios tuvo la órden seráfica en el imperio de Marruecos y continúa la provincia de San Diego de Franciscos Descalzos de Andalucía, en el mismo imperio. Escrita por Fr. Francisco de San Juan del Puerto, chronista general de dichas misiones etc. Sevilla 1708.»

»bria caido ó porque quizás no serian tantas las personas, dí-»jole al comisario: tú, perro, no me has obedecido con toda »la puntualidad que te ordené, porque quizás te reducirian á »cabeza de plata una de carne que falta aquí en la cuenta; y »sin mas le cortó la cabeza y poniéndola con las otras, las vol-»vió á contar diciendo: ahora sí que tengo yo mi cuentecita »ajustada. Mandó otra vez que le acabasen unas tapias que »estaba levantando en su alcazaba, y señaló á los alarifes el »tiempo determinado en que habian de estar concluidas. Era »la obra mucha, el término corto, y aunque se aplicaron »con la solicitud de quien esperaba la muerte, no pudieron »acabarlas para el dia señalado. Vino el rey al punto de »cumplirse el plazo y hallándose desobedecido mandó poner »á los oficiales en los tapiales por ripio, y echándoles »tierra encima, los pisó él mismo acompañado de la gente »de su servidumbre hasta que con los entapiados cuerpos, »tomó cuerpo la obra, mandando luego á otros que la pro-»siguiesen con la amenaza de que si en breve plazo no la »concluian, esperimentarian igual suerte. En otra ocasion »mandó sacar todos los dientes y muelas á un moro de »distincion hijo de un alcayde principal llamado Zacatin, á »quien él debia en mucha parte la corona, sin otra causa »que el haberse pasado un hermano del paciente al partido »del hijo que se le habia levantado con el reino de Sús. »Viendo en otra ocasion una mora monstruosamente gruesa, »la dijo: ¿Cómo, perra, estás tan medrada y flacos mis per-»ros? sin duda que los que cuidan de sus raciones te dan á tí »la carne con que te has rellenado; y, pues, esta tu carne es »de mis perros, y á tí es imposible que te deje de ser penoso »tanto peso, yo quiero que me debas el alivio, con lo cual »quedarás sin tanta carga, y mis perros restituidos en lo que »se les ha robado; y en seguida mandó que á la mora la fue-»sen quitando pedazos de carne, y echándoselos á los perros »hasta que murió poco á poco en aquel bárbaro suplicio. Con-»juráronse al cabo unos alcaydes para acabar con el tirano, »no pudiendo tolerar ya sus desmanes; pero como es falsa de

»naturaleza aquella gente, por mas que se juraron el secre-»to, no faltó alguno que delató á los demas; é Ismael mandó »á sus negros que le prendiesen, no solo á los conjurados, »sino á todos sus descendientes, hasta la quinta generacion, »sin perdonar las mujeres, ni aun los niños de pecho. Obser-»varon la órden puntualmente, y puestos en su presencia con »cadenas, los que eran capaces de arrastrarlas, fué ejecu-»tando en ellos tormentos esquisitos hasta que espiraban: á »los niños los degollaba y á las mujeres las mutilaba por sus »propias manos: á los hombres les ajustaba un instrumento de »hierro en forma de corona, y circuido de agudas puntas de »acero que caian hácia dentro, y con unos tornillos iba apre-»tando hasta destrozarles la cabeza. Ni se diferenciaba en la »forma su crueldad de su justicia. Cuando caia en su poder »algun ladron, mandaba cortarle las orejas, narice, piés y »manos, y mutilado asi lo ponia vivo en el lugar donde ha-»bia cometido sus robos, para que alli muriese, mandando, »so pena de lo mismo, qne ninguno se atreviese á socorrerlo. »En un sitio que hay en Mequinez, donde es el mayor con-»curso en los dias feriados, tenia clavados en el suelo muchos »palos, contiguos unos á otros con aceradas puntas en el es-»tremo; y cuando queria castigar á alguno con una cruelísi-»ma lentitud, desde una muralla bien alta, que estaba inme-»diata, lo mandaba soltar con violencia de suerte que cayese »sobre las puntas. Luego lo dejaba alli por muchos dias, has-»ta que se caia á pedazos, ó el mal olor le obligaba á dar »permiso para sepultarlo. En un encuentro que tuvieron dos »de sus hijos, Muley Cidan que le era fiel, y el rebelde señor »de Sus, quedó prisionero de este un alcayde antiguo de Mu-»ley Cidan, llamado Melic, (de quien atrás queda hecha me-»moria) que aunque negro, era de los principales y de mayor »autoridad, y muy estimado en toda la córte por sus buenas »prendas. Este tal, que tenia en Mequinez todos sus hijos y »mujeres, solicitó huir de las prisiones y volverse al servicio »antiguo de Muley Ismael. Para esto consiguió cartas de se-»guro de Muley Cidan, á fin de que el rey su padre lo admi-

»tiese de nuevo; y en otra escaramuza que tuvieron luego »los soldados de los dos hermanos, logró el Melic su fuga, pa»sándose en su compañía el cadí mayor de Marruecos, que »tambien se hallaba en los ejércitos del de Sus prisionero. »Mandó Muley Ismael que los trajesen á la córte, asegurán»doles que recobrarian su gracia; pero luego que los vió en »su corte, mandó que alli en su presencia al cadi, que era un »venerable anciano, le cortasen los piés y las manos, y lo »dejasen padecer hasta acabar; y que al Melic lo aserrasen »vivo, encargando que se ejecutase poco á poco, porque no »muriese de una vez, y que lo llevasen por su misma casa, »por si queria tener el consuelo de las lágrimas que vertieran »todos sus hijos y mujeres al verle ir á la muerte. Observaron »la órden á la letra, siendo el ejecutor tan inhumanamente li»songero, que le preguntó al rey: Señor, ¿cuántas tablas hemos »de sacar de este madero? A lo cual respondió el bárbaro: Haz»lo dos partes de piés á cabeza, con tal que no quede mas en »una que en otra, y asi se ejecutó. De tales crueldades fueron »émulos sus hijos bien pronto. Encontró Muley Mexerez, uno »de ellos, á dos hombres, muy flaco el uo y el otro sobrada»mente grueso. Parecióle que la naturaleza habia andado con el »uno miserable y liberal con el otro y quiso enmendar el que »decia ser yerro de la Providencia, ó gran injusticia distributi»va. Llevólos para ello á su casa, colgó un balanza grande y en »ella colocó bien ligados á los dos: luego empezó á quitar al »grueso tantos pedazos de carne como era menester para que »igualase con el flaco, y fueron tantos, que la balanza del fla»co comenzó á inclinarse mas que la otra. Viendo entonces »que el flaco tenia mas peso, le dijo: No permita Dios que yo »falte á la justicia, cuando me puse á enmendar los yerros de »la naturaleza: ya tu pesas mas que el otro, y así es menester »que quitándote algo, os deje iguales. Cortóle la cabeza y los »brazos y los puso en la otra balanza; y quitando de una par»te y añadiendo de otra los dejó en el fiel, con que con su pe»so y medida, murieron los dos miserables. Bien conozco, di»ce en fin al referir otros hechos el P. Fr. Francisco de S. Juan,

»que la materia de estos dos capítulos escandalizará los oidos »piadosos, engendrando la fuerza del horror alguna presun»cion de menos verídica, ó de mínimamente poderosa; pero »me anima á ponerla, el parecerme precisa para llenar el con»cepto que se debe llevar en todo lo restante; y que tantos »testigos como han salido de aquel cruelísimo cautiverio, pue»de ser que me censuren lo poco dilatado y lo menos ponde»rativo.» Lo cierto es que los viajeros ingleses y los historiadores mas enterados en las cosas de Marruecos refieren hechos de Muley Ismael, no desemejantes á estos. Dícese, por ejemplo, que cuando montaba á caballo, solia hacer un bárbaro alarde de destreza, que era segar al vuelo con su alfanje la cabeza del esclavo que le tenia el estribo. Y con todo eso sus vasallos tenian á honra por lo comun el morir á manos de aquel bárbaro: tales eran ellos, y tanta veneracion logró además que le tuviesen con su su falsa, aunque singularmente escrupulosa devocion, y respeto á las prácticas alcoránicas y con aquella supuesta descendencia del profeta que habia dado el trono á su familia.

Un príncipe de esta naturaleza no podia estar en paz con los príncipes cristianos, y tuvo contra ellos alguna fortuna. En 1684, cuando menos lo pensaba, recobró á Tánger. Habia sido muy murmurado en Inglaterra que mientras abandonaba á Dunquerque el rey Cárlos II, gastase grandes sumas en Tánger, que tras de no tener recuerdos gloriosos para aquella nacion, les ocasionaba una guerra constante con tribus bárbaras, y consumia en su clima, mal sano para los ingleses, gran parte de las guarniciones que allí se mandaban. Llegaron á tanto las censuras que pocos meses antes de morir Cárlos II, mandó al conde Darmontt al puerto de Tánger con algunas naves y embarcándose en ellas dos regimientos de infantes y uno de caballos que allí habia, y destruyéndose las obras comenzadas, fué al fin la ciudad abandonada. El último gobernador que tuvieron los ingleses en Tánger, fué el famoso coronel Percy Kirke, que maltrató á los habitantes de aquella ciudad, judíos ó cristianos con rapacidades y violencias inauditas; y

de vuelta á Inglaterra, se hizo temible durante la revolucion y las disensiones civiles que se siguieron, mandando los aguerridos y feroces soldados que habia formado el continuo ejercicio de Africa (1). Francisco Brandano atribuye el abandono de aquella plaza tan importante sobre el Estrecho á que los ingleses no hallaron en ella «mas tráfico que el de sangre, ni otra cosa que adquirir que heridas.» Lo cierto es que Muley Ismael la recobró, y que no mucho despues las plazas españolas de Larache y la Mamora cayeron tambien sin gran dificultad en sus manos. Perdióse en 1669 la plaza de S. Antonio de Allarache despues de un sitio de cinco meses, por poca pericia de los soldados que se dejaron cortar por los fuegos de una batería la comunicacion con la mar. Era el general de Ismael un alcayde llamado Alí-ben-Abdallah, y aunque se capituló por medio de uno de los frailes españoles la libertad del vecindario, fueron todos los habitantes hechos cautivos, y trasladados en número de mil y setecientas personas á Mequinez, despues de sufrir en el tránsito los mayores ultrajes por parte de los moros de los campos y las sierras por donde pasaban. En Mequinez los recibió Ismael, sentado en un monton de tierra que habia en la puerta de su alcazaba, y aparentando, sin embargo, gran magestad: mandó separar hasta cien oficiales ó personas señaladas que eran á las que en su concepto habia ofrecido la libertad, y á los demas los metió en sus mazmorras como los otros esclavos. El puerto de la Mamora, mal provisto y peor fortificado, se abandonó al propio tiempo, y en cambio se ocupó la roca de Alhucemas, y se edificó allí otro fuerte para contener y destruir á los piratas berberiscos. Pero donde se estrellaron los esfuerzos de Ismael fué en Ceuta. Embistió en 1694 con un ejército de cuarenta mil hombres esta plaza, al mando del victorioso alcayde Ali-ben-Abdallah. Supónese que el objeto de Ismael, no era solo quitarse aquel embarazo de su imperio, sino entretener y en-

(1) Macaulay, The History of England.

tregar al peligro los moros mas afectos y parciales de sus hijos rebeldes (1). Dispuso edificar al pié de Sierra Bullones casa para los principales jefes, y mezquita para la oracion: cercó de trincheras la lengua de tierra que une á Ceuta con el continente: plantáronse allí huertas y labráronse los campos vecinos para ayudar á mantener al ejército. Eran cuatro las paralelas que hacian frente á la ciudad con foso y reductos, y bastantes piezas de artillería. Parecia todo encaminado mas bien á impedir las salidas que á atacar la ciudad, que nunca fué batida en brecha; y como tenia libre el mar, jamás careció la guarnicion de víveres y municiones. Sin embargo, no dejo Abdallah de armar algunas barcas en las dos ensenadas que dominaba para impedir este tráfico, las cuales hicieron algunas presas en cristianos que fueron bárbaramente martirizados por escarmiento.

En 1720, libre ya de la guerra de Sicilia, resolvió Felipe V poner término á este estado de cosas, haciendo levantar el sitio de la plaza. A la sazon tendrian los marroquíes como unos veinte mil soldados aguerridos por el largo sitio, y dirigidos por ingenieros y oficiales franceses, de los que arrojó de su pais la espulsion de los hugonotes. Encargó Felipe V la espedicion al marqués de Lede, que acababa de volver de Sicilia: las tropas se juntaron en Tarifa, Cádiz y Málaga, y fueron preferidos los regimientos bisoños á los veteranos de Italia, á fin de que aquellos se ejercitasen en la guerra. A últimos de octubre partió la espedicion escoltada por la escuadra de naves de D. Cárlos Grillo, y la de galeras de D. José de los Rios. Iban como diez y seis mil soldados que se unieron con la guarnicion ya numerosa de la plaza. El 15 de noviembre, despues de algunos dias de descanso, D. José de los Rios cañoneó con sus galeras á los moros, fingiendo un desembarco, y en el ínterin el marqués de Lede, salió por varias bocas que habia hecho abrir en el camino cubierto, llevando sus tropas en cuatro columnas de á seis ó siete batallones cada una. Iban delante los

(1) Comentarios del marqués de San Felipe. Año 1720.

gastadores y granaderos para arruinar las trincheras. Los moros abandonaron con poca resistencia las paralelas y se retiraron al campamento, que estaba tambien fortificado. Allí fué mayor la resistencia de los moros, y sobre todo de dos mil negros de la guardia del sultan, que se sostuvieron con obstinacion para dar tiempo á que se retirasen los muertos y heridos, con lo cual no se pudo saber su número. Al fin cedieron, y al cabo de cuatro horas de combate, todo el ejército marroquí se puso en fuga, parte por el camino de Tetuan, y parte por el de Tánger. Lo escabroso del terreno no permitió cortar á los que huian. Dejaron en el campo los sitiadores veinte y nueve cañones, cuatro morteros, cuatro estandartes, una bandera y muchas provisiones. Quedó herido en la cara, aunque no gravemente, el general en jefe, marqués de Lede; y en un costado quedó herido tambien el mariscal de campo, D. Cárlos de Arizaga, dando uno y otro, ejemplo á sus tropas. Los prisioneros moros fueron pocos, y los muertos que se hallaron en el campamento despues de tomado, no llegaban á quinientos. Demoliéronse en seguida todas las obras de los moros, y el ejército volvió pronto á España para no dar mas celos á los Ingleses que ya empezaban á tener temores por su comercio y por Gibraltar, y discurrian el modo de atajar las ideas del rey católico.

Entretanto y en medio de las tinieblas de un reinado que afrenta al género humano, y que apenas se concibe ya en los primeros años del siglo XVIII, florecieron de dia en dia las misiones españolas. Abandonaron es verdad con lágrimas el convento de Marruecos, ilustrado con tantos martirios; pero en Fez establecieron otro en la misma *Sagena* ó cárcel de los cautivos cristianos, que en solo aquella ciudad llegaban entonces á seiscientos. Fundaron hospicios en Mequinez y en Tetuan, donde habia trescientos cautivos al menos; y asi corrieron algun tiempo en paz las misiones de los franciscanos descalzos de Andalucía, hasta que los P. Trinitarios, dedicados á la redencion de cautivos, lograron del Sultan que expulsase á la órden seráfica y los pusiese á ellos en posesion

de sus conventos. Pero la nueva órden se conservó poco tiempo en el imperio y quedaron por algun tiempo abandonadas las misiones hasta que la congregacion de *Propaganda Fide*, las restableció por medio de un diestro misionero siciliano de la misma órden de Franciscos descalzos que antes habia. Poblóse luego la nueva mision de españoles y durante los últimos años de Muley-Ismael tenian los Franciscos descalzos de la provincia de San Diego en Andalucía, dos templos en la córte de Mequinez, con la misma formalidad que se pudiera en España, uno en el convento, y otro en la iglesia española que servia de parroquia; y habia ademas cuatro capillas, las dos de franceses y de portugueses las otras. En Salé, en Fez y en Tetuan habia hospicios con sus capillas y completa tolerancia del culto; y llegó á tanto el respeto que Ismael tuvo á los frailes que, necesitándose para la fábrica de la alcazaba derribar ciertas paredes del convento de Mequinez, y proponiéndoselo sus cortesanos, cuéntase que exclamó al punto: «No permita Dios que yo toque á ellas.» Detalles y pormenores no indignos de memoria en estos *Apuntes*, por lo que puede importar en adelante la renovacion de este medio poderosísimo de influencia en las vecinas provincias de Marruecos.

Muley Ahmed el Dzahebi ó el *dorado*, sucedió á Muley Ismael por virtud de la eleccion de este, hecha en odio del rebelde Ábdemelic á quien, por ser el primogénito, le tocaba la corona. Dispuso Ismael que se tuviese oculta su muerte para dar tiempo al Dzahebi de asentar su poder; y asi se hizo por espacio de dos meses. Al cabo los vecinos de Fez comenzaron á sospechar que esta vez era cierta la muerte del viejo Sultan, y hubo que fijar un dia en que se dijo que iria Ismael á la mezquita á dar gracias á Dios por su restablecimiento. Salió con efecto un carro cubierto donde iban los restos del Sultan, y al llegar á la mezquita se deshizo el engaño y se comunicó su muerte al pueblo. Lloróle entonces la mayoría del vulgo, no obstante su crueldad inaudita: asi Neron fué llorado por la plebe de Roma; y es que la tiranía iguala en vileza

á los hombres en todos los tiempos y en todos los climas. No halló el Dzahebi resistencia alguna en el pueblo de Mequinez para proclamarse Sultan; pero su hermano Ábdemelic perseveró, como era natural, en la rebelion que habia comenzado contra su padre, y Abdallah, otro de sus hermanos que tenia pretensiones al trono, huyó de su presencia por no esponerse á su cólera. Fué, pues, la guerra civil inevitable. Contaba el Dzahaebi para sostener su partido con el tesoro que la avaricia y la rapacidad de su padre habia juntado en Mequinez y que se hacia subir á muchos millones de reales, en dinero y halajas, y ademas con sus propios ahorros que eran grandes, porque en rapacidad y avaricia podia competir con su padre. Parecíale poco aun, y dispuso que las últimas ochocientas mujeres de su padre le devolviesen las joyas que habian recibido de él en regalo. Esta sed de oro, y su embriaguez constante que lo hacia despreciable á los buenos muslimes, precipitaron contra él los sucesos. Negóse la ciudad de Fez á felicitarle por su ascension al trono bajo frívolos pretestos, y poco despues fueron asesinados en sus calles el alcayde que la gobernaba y hasta ochenta personas de su séquito, que se inclinaban al partido del nuevo Sultan. Al saberse la rebelion de Fez en Tetuan, los montañeses de las cercanías de esta ciudad, dados siempre á los disturbios, se sublevaron contra el alcayde ó bajá llamado Ahmed, que gobernaba en ella por el Dzahebi, poniendo á su cabeza á un cierto Abu-laisa, descendiente de los moros de Granada que repoblaron aquella tierra. Quiso reunir el bajá de Tetuan algunos ciudadanos armados para salir á reprimir las insurrectas cabilas de la montaña, pero ellos se negaron á seguirle so pretesto de que en su ausencia podria ser saqueada la ciudad. Envió entonces el bajá por los soldados que habia de guarnicion al frente de Ceuta y se negaron tambien á obedecerle.

Al fin con quinientos hombres que recibió de Tánger se puso Ahmed en campaña contra los montañeses rebeldes; pero durante su ausencia los tetuaníes se sublevaron contra su hermano, á quien habia quedado encomendado el gobierno de la

ciudad, y arrollando á su guardia negra le obligaron á salir fugitivo. Prendió fuego el gobernador vencido á un almacen de pólvora que habia dentro de la ciudad para que la confusion favoreciese su retirada, y se volaron hasta sesenta casas con no poco estrago. Entonces los tetuaníes para vengarse destruyeron la casa del bajá, que se tenia por el mejor de los edificios de Berbería, y asolaron los jardines que eran muy celebrados (1). A todo esto los tetuaníes y los de Fez, que mantenian estrecha inteligencia por medio de su comercio, enviaban comisionados á Mequinez para entretener al sultan con falsas demostraciones de sumision mientras hallaban ocasion de declararse por Abdemelic á quien preferian. Este deshizo fácilmente un cuerpo de tropas que el Dzahebi envió contra él á las órdenes de Alí, su hermano de madre. Pero los frutos de aquella victoria los inutilizó la declaracion general de los negros en favor de Muley Ahmed el Dzahebi. Habíanse inclinado á este los negros desde el principio de la guerra, y aun pudiera sospecharse que la odiosa sultana negra á quien tanto amó Ismael habia tenido alguna parte en la preferencia que obtuvo sobre sus hermanos. Abdemelic, que era blanco, declaró á los negros una guerra á muerte, ordenando que no se les diese cuartel. Los negros predominantes durante el imperio de Ismael, unieron su suerte entonces á la del Dzahebi, y comenzó una lucha entre negros y blancos, sangrienta y funesta para el imperio. Habíase apoderado Abdemelic de Marruecos y atraido ya resueltamente los de Fez á su partido. El negro Tarif mandando un ejército de gente de su color, lo atrajo á una celada, y lo derrotó completamente, escapando él á duras penas con tres heridas. Divulgóse la noticia de su muerte y los inquietos habitantes de Fez se apresuraron á someterse de nuevo. Tetuan siguió su ejemplo, y recibió con grandes demostraciones á un alcayde llamado Abdemelic-Abu-safra que envió el Dzahebi en reemplazo de Ahmed para contentar á aquellos inquietos habitantes. Abu-safra quiso ejer-

(1) Braitwait.—Révolut. de l'Emp. de Maroc.

cer al principio su autoridad con energía, y mandó degollar á un herrero apellidado Baiz que era el que acaudillaba á los tetuaníes, y hacia de autoridad allí desde que quedó la rebelion triunfante. Resistiéronse osadamente los tetuaníes, y Abu-safra se convino á vivir en paz con ellos con tal que le pagasen un sueldo crecido.

Entretanto el desposeido alcaide Ahmed, favorecido por el Dzahebi y descontento de Abu-safra, se presentó con un cuerpo de tropas que habia reunido á su costa delante de Tetuan, arrolló fácilmente á los habitantes que quisieron disputarle la entrada, y entregó las casas al saco. De aqui provino su ruina porque los tetuaníes desesperados y viendo dispersos á sus enemigos cayeron sobre ellos desde los terrados de las casas y las angosturas y pasadizos de las calles, y volvieron á echar de la ciudad á los vencedores. En seguida construyeron barricadas, y las guarnecieron con diez y seis cañones que tenian en sus fortificaciones, y de que no habian sabido apoderarse aun los enemigos, con lo cual el pusilánime Ahmed que habia presenciado todos aquellos sucesos desde las alturas vecinas sin atreverse á entrar en la ciudad, se retiró, renunciando á recobrar su gobierno por fuerza. Abu-safra en el ínterin habia huido de Tetuan, y el sultan Muley-Ahmed el Dzahebi nombró al fin otra vez para aquella alcaidia al depuesto Ahmed que acababa de ser vencido. Llegó á tanto entonces la cólera de los tetuaníes que en una junta pública acordaron abandonar la ciudad y retirarse todos al campo de Ceuta para someterse al rey de España, antes de obedecer al alcaide que el Sultan favorecia. Enviaron mensajeros á Fez que al fin habia sido sitiada por las tropas del Dzahebi, y fué obligada á rendirse despues de una larga resistencia. Abdemelic pidió luego la paz á su hermano; y todo parecia perdido para los tetuaníes y fezenos, cuando los vicios y las crueldades del Sultan promovieron contra él un levantamiento general. La embriaguez era ya el estado favorito del Dzahebi. Dícese que era amable y gracioso cuando estaba ébrio, cuanto cruel y torpe en su estado natural, por lo cual todos los que le trataban le estimulaban á usar

de vino, y toda clase de bebidas espirituosas (1). Cuentan, por ejemplo, de su crueldad, que un dia mandó arrojar desde lo alto de un terrado á un negro que le habia colocado mal el tabaco en su pipa, y que á una de sus mujeres favoritas le mandó arrancar todos los dientes por una leve disputa, y luego dispuso para consolarla que se los arrancasen tambien al ejecutor de aquel bárbaro castigo. Llegó al colmo el escándalo un dia que estando con toda su córte en la Mezquita le interrumpió sus oraciones un gran vómito de vino. Quisieron aconsejarle alguna mas moderacion las sultanas pero él las apaleó en recompensa. Los mismos negros se resfriaron mucho con el Sultan, y negociaron con sus enemigos. Al fin en 1728, despues de un año de reinado, fué depuesto en Mequinez por una junta de los principales alcaides y proclamado Abdemelic en lugar suyo. Un hijo de este que se hallaba en Mequinez, tuvo á su cargo el gobierno hasta que llegó su padre. Abdemelic habria querido comenzar su reinado sacando los ojos á su hermano, pero los doctores muslimes le hicieron presente que no le habian desposeido por criminal sino por vicioso, y que no merecia castigo alguno. Entonces Abdemelic le envió preso á Tafilete. Pero de una parte Abdemelic comenzó á tratar mal á sus súbditos y especialmente á los negros, con lo cual renació la enemistad antigua, y estos se rebelaron proclamando nuevamente sultan al Dzahebi. Cuarenta mil negros ó mas, segun algunos, tomaron las armas y á su frente el Dzahebi, entró en Mequinez por traicion de una parte de los soldados que la defendian, y obligó á su hermano á huir y fugarse en Fez. Mandó luego el Dzahebi que todos los principales amigos de su hermano, fuesen ajusticiados; y los negros hicieron una gran matanza en sus adversarios blancos, saqueando la ciudad á su placer, durante tres dias. En seguida marchó sobre Fez el Dzahebi, y no pudiendo omarla en varios asaltos por fuerza, la rindió por hambre, á ondicion de que todos los moradores serian libres con tal que

(1) Véase Braitwait antes citado.

le entregasen á su hermano. Perdonó la vida el Dzahebi al prisionero Abdemelic contra lo que esperaba todo el mundo, mandándolo custudiar en Mequinez; pero no mucho despues, en los primeros meses de 1729, sintiéndose vecino de la muerte por una hidropesía que le ocasionaron sus escesos, lo mandó matar para espirar tranquilo. Tal fin tuvieron estos dos crueles hermanos, de los cuales el primero favoreció mucho á los cristianos dando libertad por poco precio al mayor número de cautivos que tenia, y recibiendo muy humanamente á los enviados de los príncipes de Europa; y el segundo, que afectaba ser muy rígido mahometano, echó de sus estados á los padres franceses de la redencion que entraron en ellos, amenazándoles con que los haria quemar vivos, y volvió á encadenar á cuantos cristianos halló libres.

No bien supo la muerte de sus hermanos el fugitivo Abdallah, se hizo proclamar Sultan. Pusiéronse de su parte, ganados por dinero, los soldados negros que disponian del imperio. En vano Muley Abu-Fers, hijo del Dzaebi, quiso suceder á su padre. Obligado por el aplauso con que fué recibida la eleccion de Abdallah por el vulgo y las cabilas que le tenian por justo y benévolo, tuvo aquel pretendiente que refugiarse en las montañas del Sus, asilo ordinario de todos los rebeldes mauritanos. Allí le siguió el tio con numerosas fuerzas, le venció é hizo prisionero y le perdonó la vida, contentándose con mandar cortar la mano á un santon, que pasaba por consejero y ministro principal de su sobrino, y diciendo por menosprecio: «veamos si su santidad le salva de mi justicia.» En seguida fué sobre Fez, rebelada contra él, como solia, contra todos los nuevos Sultanes, y la tomó al cabo de seis meses de sitio. Hubiera querido arrasarla Abdallah por escarmiento, y lo habria ejecutado á no interponerse los santones, representándole el escándalo de los fieles y la ira de Dios que se seguirian á la desaparicion de aquella ciudad donde se encerraban los mas venerables santuarios del imperio. Los habitantes de Sus y de Tedla, que fueron los últimos que lo reconocieron, se apresuraron á someterse al saber la rendicion de

Fez. Nadie mas resistió ya el poder de Abdallah por entonces. Pero asi como se vió señor absoluto, trocó en rigor la antigua dulzura de carácter que le habia ganado tantos prosélitos. Mandó encerrar en el cuero de un buey para que alli muriese de podredumbre, á un alcayde que se negó á pagarle el debido tributo. Por este estilo practicaba la justicia, imitando los bárbaros hechos de sus antecesores. Su madre Leil-Yanet, mujer inglesa de estraordinaria hermosura y de no vulgar espíritu, era quien mas influia en la política del Sultan recien proclamado. Ella le habia proporcionado con su astucia que se hiciera dueño del tesoro de Mequinez, y manejando el tósigo con la propia destreza que la palabra le habia allanado mucho el camino para alcanzar el imperio. Fué muy señalada la influencia de Leila Yanet por un suceso extraordinario. Corriendo el año de 1726 cayó del poder en España el famoso baron y luego duque de Ripperdá, hombre incapaz, á juicio de los que le conocieron, por su ligereza é imprudencia, no solo de gobernar un Estado, sino aun de tratar bien los negocios mas leves. No puede negarse, sin embargo, que tenia gran actividad y expedicion para los negocios, aunque en España debió su fortuna principalmente á la confianza singular que inspiraban al rey Felipe V los aventureros estranjeros. Ello es que de primer ministro de la monarquía española, se vió de repente hecho juguete mísero de la fortuna, destituido, exonerado, desposeido mas tarde de sus altos empleos, títulos y rentas; violentamente estraido del asilo diplomático donde pensó hallar seguro; preso, en fin, y conducido al alcázar de Segovia, de donde sus artes y el amor de una mujer de baja esfera, lograron sacarlo á salvo. Refugiado en el Haya, trabó alli amistad con el alcayde Perez que alli residia á la sazon en concepto de embajador de Marruecos cerca de las cortes de Inglaterra y Holanda, y el moro que era sagaz, y sabia los deseos que tenia su señor de poseer las plazas españolas de Africa, fácilmente lo persuadió de que se acogiese á la córte de Abdallah, donde hallaria ocasion de ejecutar los vengativos sentimientos que le anima-

ban. Abdallah, por su parte, consintió en recibir en su imperio á un hombre tan grande y tan útil como Perez le pintaba á Ripperdá; y con efecto, la recepcion que le hizo á este en Mequinez fué ostentosa y magnífica. Apenas se conocieron Ripperdá y Leila Yanet, los unió la cultura y el interés, y aun el amor á lo que se supone, de suerte que pronto fué uno mismo el interés de entrambos. Fué Ripperdá nombrado bajá, y al momento hizo reconocer por un criado de su confianza, llamado Martin, los presidios españoles de Africa, y propuso á Abdallah que se juntase un ejército para abrir él mismo la trinchera delante de Ceuta. Hubo un consejo con diversos pareceres en él; pero al fin triunfó Ripperdá, y en 1732, un cierto Jacobo Vandebas, criado suyo, que se pasó á Ceuta, declaró allí, y luego en Sevilla donde estaba la corte, que aquel estaba pronto á marchar con treinta y seis mil hombres, la mayor parte negros, y un tren considerable de artillería, ofreciendo tomar la plaza en seis meses ó perder la cabeza. Entonces fué cuando se despojó al traidor ministro por real decreto de sus dignidades y títulos. No tardó en probarse la verdad del aviso. A principios de octubre se aproximaron los moros á Ceuta, dirigidos por Ripperdá y á las órdenes inmediatas de Alí-Den, renegado y apóstata de la religion de Malta, segun parece. Sabido esto por el general D. Antonio Manso, que gobernaba en Ceuta, y teniendo noticia cierta por los moros de paz de que la vanguardia de los infieles estaba muy distante del grueso del ejército, y que no pasaba su número de cinco ó seis mil hombres, inclusos setecientos caballos, juntó un consejo de guerra en el cuál propuso salir á sorprenderla. Aprobóse por todos su proyecto: y al alba del 17 de octubre, salió á ejecutarlo el brigadier D. José Aramburu, llevando su gente en cuatro columnas de á doce compañías y seis piquetes cada una, á las órdenes de los coroneles conde de Mahoni, D. José Masones, D. Juan Pingarron y D. Basilio de Gante. Ascendia el total de las tropas que mandaba Aramburu á cinco mil hombres sin contar quinientos presidiarios, á los cuales ofreció un perdon general el go-

bernador para animarles mas á la empresa. Habian ya comenzado los moros sus trincheras que abandonaron casi sin resistencia al sentir el inopinado ataque de los españoles. Persiguiéronlos estos hasta llegar al Serrallo, una legua distante de Ceuta donde estaba alojado Alí-Den, y donde tambien se hahalla Ripperdá, á lo que parece.

Allí se renovó el combate, y gracias al valor de la caballería negra que á costa de grandes pérdidas hizo frente, pudo salvarse alguna parte de la infantería marroquí, que bisoña y desorganizada huia sin concierto. Alí-Den y Ripperdá se salvaron á duras penas, casi desnudo el primero, que tal fué la rapidez y sorpresa del ataque. Algunos buques armados cañoneando las playas hicieron mayor aun la confusion de los moros, que huian unos á la parte de Tetuan y otros á la de Tánger. Perdimos solo en esta dichosa sorpresa cuatro oficiales muertos y catorce soldados, y hasta ciento y cincuenta heridos. La pérdida de los moros se calculó en tres mil hombres, aunque en esto y en el número de los que componian el ejército que se acercó á Ceuta parece que hay exageracion notable. Tomáronse á los moros dos cañones de bronce de grueso calibre y un mortero, que se clavaron y arrojaron á un barranco por no poder conducirlos á la plaza. Fueron ademas tomadas por los nuestros cuatro banderas; armas, caballos, arneses y dinero, y algunos moros cautivos. Hallóse, por último, una carta de un mercader inglés establecido en Tetuan en que éste pedia que se le pagasen las municiones suministradas desde Inglaterra á los moros para aquella guerra; cosa sabida con estrañeza y cólera en España (1). Esta derrota, dando al traste con todos los proyectos de Abdallah, socabó tambien la privanza que con él habia obtenido Ripperdá. La ruina de este fué segura cuando despues de varios proyectos osados, y entre otros el de levantar para él un trono en Africa, perdió el apoyo que su familiaridad con Leila-Yanet le ofrecia. Esta, segun afirman unos, fué envenenada por órden de la sultana

---

(1) Campo-Raso. Memorias políticas y militares.

favorita de su hijo llamada Leila-Genax, celosa tiempo habia del influjo que ejercia en el gobierno; y segun otros por librarse de la cólera de Abdallah, indispuesto ya con ella, se ausentó del imperio so pretesto de ir á la Meca. Mas autorizada parece la primera version, y es de todos modos indudable que Ripperdá no pudo sobrevivir á la caida de la sultana madre, y despechado y solo vino á morir en Tetuan corriendo el mes de noviembre de 1737.

Entretanto Abdallah se hacia cada vez mas cruel y mas odioso á sus vasallos. Rebeláronse contra él los alarbes y lo derrotaron en campal batalla cerca de Fez. Abdallah, refugiado en aquella antigua capital del imperio se vengó de la derrota en los inquietos fezenos, ejecutando casi sin motivo terribles suplicios. Al fin los alarbes fueron vencidos por los alcaides de Abdallah, y sometidos de nuevo á su obediencia. Cuéntase que en esta ocasion tuvo un arranque de generosidad, en él extraño: habiéndole presentado cuatro mil prisioneros alarbes, enteramente desnudos, mandó que les dieran vestidos, y que se les pusiese en libertad sin hacerles daño alguno. Poco despues el alcaide que mandaba los negros, convertidos en una especie de pretorianos, inclinó á estos á que se rebelasen contra Abdallah, proclamando en su lugar á Muley-Alí otro hijo del Dzahebi. Abdallah, acobardado, huyó de Mequinez, y pidió auxilio á los alarbes fiado en la clemencia con que acababa de tratarlos. Enviáronle estos con efecto, ocho diputados para ofrecerle su ayuda; pero como le diesen algunas quejas acerca de su conducta pasada, no pudo contener su ira y á todos los mató por sus manos. Hubiérale hecho esto perder el trono para siempre si los mismos negros no se lo hubiesen devuelto de allí á poco. Entró Muley-Alí en Mequinez, y su primera idea fué apoderarse del famoso tesoro que en aquella ciudad se encerraba; pero su sorpresa fué grande al ver que semejante tesoro no existia mas que en la memoria del pueblo. Cuantas riquezas habia en Mequinez se las habia llevado Abdallah en su fuga, y no eran muy considerables. Sin embargo, ellas bastaron á Abdallah para

seducir á los principales de los negros, los cuales pretestando que Alí hacia demasiado uso de aquella yerba narcótica llamada *Kiff*, que segun los orientales produce tan placenteros ensueños, y que esto le incapacitaba para ejercer el mando, se decidieron á destronarle. Abdallah, restablecido, hizo degollar á toda la guarnicion de Mequinez que no le habia defendido, y al menor de los hijos del gobernador que quedaba vivo, porque este, previendo su suerte, se habia ya suicidado despues de matar á su mujer y á sus otros hijos para no exponerlos á la crueldad implacable del tirano. No fueron mucho mejor tratados los vecinos de Mequinez que ninguna culpa tenian en lo que habia sucedido. Solo respetó por de pronto al alcaide de los negros; pero como este comenzase á conspirar en favor de otro pretendiente al trono llamado Sidi-Mohammed, los mismos soldados seducidos por el oro de Abdallah lo pusieron preso en sus manos. Abdallah lo despojó de la ropa de un santon que se habia puesto el negro para infundir veneracion en el Sultan, y lo atravesó con su lanza. Empeñóse luego el bárbaro en beber la sangre del muerto; y solo pudo disuadirle de ello uno de sus alcaides bebiéndola él mismo (1). Fez entretanto se declaró por Sidi-Mohammed, y aunque Abdallah la sitió con grande ejército tuvo al fin que levantar el cerco, y huir á las montañas temeroso del descontento de sus propias tropas. Sidi-Mohammed fué reconocido por un momento como Sultan en todo el imperio; pero los negros, siempre infieles, volvieron á dejarse comprar por Abdallah, y este con su ayuda venció á su rival en batalla y ocupó de nuevo el trono. Sidi Mohammed, mal herido, huyó, dejando á Abdallah en la posesion pacífica del imperio, que obtuvo desde 1742 en que terminaron las rebeliones hasta que en noviembre de 1757 murió en Fez en un palacio por él mismo levantado. Dejó dos hijos: Ahmed el primogénito, que habia tenido en una esclava negra y le sobrevivió poco, y Sidi Mohammed, blanco y asociado ya por él al gobierno, que fué universalmente proclama-

(1) History of Barbary. London 1750.

do sin que su hermano el mulato osase disputarle el trono.

Despues de tantos príncipes incapaces, y tantos tiranos como habian ensangrentado su suelo, el Mogreb-alacsa tuvo al fin un soberano digno por todos conceptos de serlo. No quiso tomar el apelativo de Muley porque juzgaba que era profanar el nombre del profeta llevarlo con tal apelativo, digno en su concepto únicamente del mediador de los hombres con el ser supremo. En cambio se proclamó Emir almumenin ó príncipe de los creyentes. Tres años despues de su ascension al trono, abrió los cimientos de la ciudad de Mogador con el fin de dar á Marruecos, primera capital del imperio, fácil comunicacion con el Océano. Halló Sidi Mohammed en buen estado las relaciones diplomáticas con Inglaterra, y afirmada con tratados por su padre la paz con Dinamarca y Holanda. Deseoso de estrechar sus relaciones con los europeos se entendió con España reinando ya Cárlos III, y en 1767 firmó en Fez el famoso D. Jorge Juan, teniente general de la armada, el primer tratado de paz y comercio que hubiese habido entre ambos Estados. No contento aun Sidi Mohammed habia querido pagar á España la atencion que mereció de ella con la embajada de D. Jorge Juan enviando á nuestra Córte por embajador á Sidi Ahmed-el-gazel con lujoso séquito, el cual fué muy bien recibido y agasajado por el rey, y escitó por algunos dias la curiosidad de los madrileños. Mas no impidió esto que entre España y Marruecos se renovasen pronto las hostilidades casi constantes en las plazas que poseíamos en el territorio africano. Sidi Mohammed tranquilo y respetado de todos sus súbditos, que gozaban á placer de s u dulce y humano gobierno, sintió los impulsos del patrio amor y los estímulos de la gloria, y entró en su ánimo la idea de espulsar las armas europeas de su terri torio á pesar de lo mucho que gustaba del trato y cultura de los cristianos. Lleno de esta noble ambicion escribió en 1774 una carta al monarca español noticiándole que se proponia en union con los argelinos atacar todas las plazas cristianas que habia en la costa africana, sin entender por esto rota la paz firmada años antes, ni interrumpidas

las relaciones mercantiles. Era absurda sin duda alguna la pretension del marroquí en esto de querer la guerra y la paz á un tiempo. Cárlos III en vista de todo le declaró formalmente la guerra en un decreto fechado en 23 de octubre de 1774. Dió entonces á luz un manifiesto el de Marruecos procurando justificar su conducta con decir que las plazas marítimas de Africa no eran del sultan ni del rey, sino de Dios todopoderoso, que haria al que se las diese dueño de ellas (1). Replicó el gobierno español, fundándose en el testo mismo del tratado para rechazar sus pretensiones y comenzaron las hostilidades al punto. El 9 de diciembre del propio año se presentaron unos trece mil moros delante de Melilla, é intimaron la rendicion. Mandaba en la plaza el mariscal de campo D. Juan Sherlok el cual respondió á la intimacion con todo el desden merecido. Vino el mismo Sidi Mohammed al sitio con dos hijos suyos, y como tenia muchos renegados cristianos hábiles en el arte militar á su servicio, se comenzaron y llevaron adelante las operaciones con un acierto desusado entre los moros. Abrieron ramales de mina que fueron dichosamente descubiertos y destruidos por los nuestros; y en cuarenta dias de asedio arrojaron sobre la plaza hasta nueve mil bombas, que causaron en la guarnicion noventa y cuatro muertos y quinientos setenta y cuatro heridos, todo sin que la tropa española desmayase un punto. Pero en el ínterin la costa del Estrecho estaba muy bien bloqueada por una escuadra de dos navios, seis fragatas y nueve jabeques que impidió el transporte de cañones de batir y municiones que de Europa aguardaban los moros. Faltaron los proyectiles á punto que Sidi Mohammed desesperado, pensó en el asalto, del cual le disuadieron por inútil los oficiales espertos que tenia consigo. Lo mas difícil para los españoles fué socorrer á la numerosa guarnicion de la plaza durante los penosos temporales de invierno; y aun por eso fué muy celebrada la hazaña del jefe de escuadra D. Francisco Hidalgo de Cisneros, que en la fragata Santa

---

(1) Ferrer del Rio.—Historia de Cárlos III.

Lucía logró atracar á tierra y desembarcar las provisiones que se necesitaban, flanqueando al propio tiempo las trincheras de los moros entre la Puntilla y el fuerte de la Victoria, é incendiándolas de manera que el mismo sultan tuvo que abandonar su tienda y trasladarse á otra parte mas lejana. Entretanto un cuerpo de moros se situó delante del Peñon de Velez, y disparó algunas bombas sin éxito y sin que la plaza que gobernaba el coronel D. Florencio Moreno, tuviera necesidad de socorro alguno. La esterilidad, pues, de sus esfuerzos redujo á Sidi Mohammed á solicitar la paz, y Sidi Ahmed-el-gazel, el mismo que habia estado de embajador en España, se encargó de entregar al gobernador de Melilla una carta suya para el ministro de Estado Grimaldi, en la cual manifestaba deseos de ventilar amistosamente la cuestion promovida, respetando el tratado. En consecuencia de esto, pasó un comisionado español á Tánger, vino otro marroquí á Málaga, y se convino en la paz. Confirmóse esta definitivamente en el convenio de amistad y comercio concluido en Tánger á 30 de mayo de 1780 entre el conde de Floridablanca y Sidi Mohammed-ben-Otoman nuevo embajador del sultan cerca de la Córte de España y en el arreglo especial de 1782 sobre los límites del campo de Ceuta. Las resultas de esta embajada y de estos tratados leal y benévolamente cumplidos por el magnánimo sultan y ratificados tal vez por el arreglo de 1785, hoy desconocido, se describen con muy curiosos pormenores en la famosa *Representacion* del ministro Foridablanca á Cárlos III. «Se logró, dice, reducir al rey de »Marruecos á enviar á V. M. al embajador Ben-Otoman como »por una satisfaccion ó demostracion pública de reconcilia»cion de la parte de aquel soberano, y por este medio se re»novó y mejoró el tratado de paz con él y se consiguieron las »ventajas que son notorias durante la última guerra con la In»glaterra. Pareceria increible, si no se hubiese visto, lo que »aquel príncipe moro ha hecho en obsequio de V. M., fran»queando sus puertos á las naves del bloqueo de Gibraltar, »permitiéndolas perseguir y detener á las enemigas dentro de »ellos, facilitándonos víveres y auxilios para nuestro campo

»con pocos ó ningunos derechos; y finalmente depositando en »nuestro poder parte de sus tesoros como una prenda de se»guridad de su conducta. Con la amistad de aquel monarca »pudimos dejar nuestros presidios sin considerables guarni»ciones, sacar de Ceuta mucha porcion de artillería y muni»ciones y vivir sin inquietudes durante la guerra. V. M. com»prende mejor que nadie cuántos habrian sido nuestros traba»jos, si por no atar este cabo con tiempo hubieran movido los »ingleses al rey de Marruecos al sitio de Ceuta ó Melilla, ó »á turbar con un corso en el estrecho todas las medidas para »el bloqueo de Gibraltar, é impedirnos los víveres para nues»tro campo.» De esta relacion auténtica del primero de los políticos modernos de España, se deduce todo lo que debimos á la amistad del sultan de Marruecos; pero mas aun todo lo que padecieron los ingleses por no haber mantenido á cualquier costa la superioridad de su influjo en el imperio. No era de esperar que aquella leccion fuese perdida, ni los sucesos posteriores autorizan seguramente á imaginarlo. Lo cierto es que las relaciones de Sidi-Mohammed con Cárlos III merecen detenido estudio por muchos conceptos, sobre todo en nuestros dias.

Contribuyeron en gran parte á establecer primero y mantener luego estas relaciones, los misioneros españoles en Marruecos y sobre todo el vice-prefecto de ellas Fray José Bottas, que por sus servicios en el particular fué promovido al obispado de Urgel. Estaban los misioneros españoles en Marruecos mas considerados que nunca por el respeto ó la tolerancia de los últimos sultanes, y porque al fin los naturales habian ido familiarizándose con su traje y costumbres, y admirando la virtud que resplandecia en todas sus obras. Como los sultanes empleaban á los cautivos en las obras públicas, que alternaban en los diversos puntos del territorio, y los misioneros no dejaban nunca de acompañar á aquellos en sus trabajos, llegó á ser el hábito franciscano conocido y considerado en la mayor parte del imperio. Continuaban perteneciendo estas misiones á los frailes franciscanos descalzos de la provincia de San Diego de Andalucía, dependientes de un convento de Je-

rez, como que eran los que despues de la última restauracion del culto cristiano en el imperio habian tenido valor y constancia para mantenerse en aquellos bárbaros paises, y habian alcanzado para ello privilegios especiales de los sultanes reinantes, alguno de los cuales escluia toda otra órden y congregacion de la asistencia á los cautivos cristianos. Alimentábanse estas misiones de un situado de 2,228 pesos fuertes anuales que en 1680 les señaló Cárlos II, y de las limosnas que se les remitian de la Península. Habíanse establecido en Tánger, y conservado su hospicio de Larache y los demás que ya tenian en el interior del imperio; y en los dias de Sidi-Mohammed subió al último punto el respeto de que ya disfrutaban, porque como decia uno de los artículos del tratado que se ajustó algunos años mas tarde «su ministerio y operaciones lejos de causar disgusto á los marroquíes les habian »sido siempre agradables y beneficiosas por sus conocimientos »prácticos en la medicina y por la humanidad con que habian »contribuido á sus alivios.» Una medida altamente generosa de Sidi-Mohammed minó, sin embargo, por su base la existencia de las misiones. Dió aquel Sultan libertad á los cristianos, declarando abolida la piratería y el cautiverio, y desapareció con esto la grave necesidad que, en medio de nuestras vicisitudes políticas, habia mantenido vivas las misiones españolas en el interior de Africa. Desde entonces son mas escasas tambien las noticias que del estado y vicisitudes del imperio se tienen en España y en Europa; porque no habia antes otro vínculo que la esclavitud entre Europa y Africa, y no se han creado despues nuevos y mas humanos y provechosos vínculos sociales.

Habríalos creado, seguramente, Sidi-Mohammed si su vida hubiera sido mas larga y sus sucesores hubiesen imitado en todo su conducta. Desgraciado en la guerra con los españoles, fué feliz contra los portugueses á los cuales arrancó en 1769 la plaza de Mazagan, última reliquia de su poder en Africa. Pero al propio tiempo que cumplia con sus deberes de soberano, haciendo todo lo posible por echar de su territorio

á los estranjeros, nadie mas que él admiraba á los europeos ni mantenia con mas gusto relaciones con ellos. Señor de vastos estados y de vasallos numerosos, veia que eran pobres aquellos, aun donde era rica y fértil la tierra; ignorantes y serviles estos, sin comercio ni industria ni alguna cultura. Hallaba al imperio sin leyes ni administracion por dentro, sin poder ni respeto por fuera: que á tal estado lo habian traido en medio del progreso general, los vicios de su constitucion religiosa y política, y la barbarie de sus antecesores. A todo ello intentó poner remedio el ilustrado Mohammed. Dióse prisa á ajustar tratados, además de los que habia hecho con España, con Francia, Toscana, Portugal, Venecia y el imperio de Austria, y de esta suerte no solo aseguró la paz de su reinado, sino que preparó la ejecucion de las otras medidas que imaginaba. De ellas fué el abrir las puertas del imperio al comercio de los europeos, honrándoles y protegiéndoles contra el fanatismo de los naturales; y dándoles salarios y considerables ventajas para estimularlos á establecerse en el imperio. Fueron muchos los que con esta ocasion vinieron al Mogreb-alacsa de todas clases y oficios: arquitectos, pintores, lapidarios, jardineros, médicos, matemáticos, industriales y no pocos aventureros y soldados. A todos les aseguraba su religion; pero como era natural, protegia mas especialmente á los que se hacian mahometanos y unian su suerte para siempre á la del imperio, llegando á repartir entre ellos los mas altos empleos de su casa y estado. A un cierto Samuel Lumbel, hebreo de Marsella, le tuvo por mucho tiempo como á primer ministro; un francés llamado Cornut; un triestino, por nombre Ciriaco Petrobelli; un toscano, apellidado Mutti y Francisco Chiappa, genovés de nacion, llegaron á ser tambien ministros suyos; y ni estos siquiera dejaron de ser cristianos ni ocultaron jamás que lo fuesen. Despues de dar libertad á los esclavos cristianos, empleó tambien á muchos segun su clase y condicion, en la administracion pública. Así fué que con los servicios de tantos europeos no pudo menos Sidi-Mohammed de juntar la imitacion de sus costumbres y de sus nombres y empleos.

Hubo, pues, por aquel tiempo en Marruecos, príncipes imperiales, jueces supremos, generales y aun generales en jefe, ministros y secretarios de Estado, gobernadores, intendentes de provincia, almirantes de mar, guardasellos, chambelanes, gentiles-hombres de cámara, maestros de ceremonia, médicos de cámara, bibliotecarios, intérpretes y en fin, cuanto solia hallarse á la sazon en las principales cortes de Europa (1). Hasta en sus mujeres preferia á las europeas, de las cuales merece mencionarse una cierta Leila-Zarzet, hija de un renegado inglés, con quien contrajo matrimonio; y otra, por nombre Leila-Duvia, que por los años de 1822 vivia todavía y era renegada genovesa. A pesar de todo esto, Sidi-Mohammed era buen muslime y muy celoso del nombre de su patria. Pero su inteligencia le levantaba por encima de la nacion que regia: comprendia las artes y la cultura de los europeos, y juzgaba que solo con su trato y compañía lograrian los rudos habitantes del Mogreb-alacsa recuperar el largo tiempo perdido en el fanatismo y en el ócio. Tal vez se equivocaba el buen príncipe creyendo el progreso conciliable con sus torpes creencias religiosas, y capaces de nueva vida las carcomidas instituciones muslímicas. Tal vez la civilizacion, mejorando la tierra ingrata de Africa, habria arruinado, sin embargo, tarde ó temprano su imperio y su culto. Esto es lo que parece mas probable ó mas cierto; pero juzgando al hombre por su carácter y sus luces, Sidi-Mohammed merece el aplauso incondicional de la historia.

Despues de edificar á Suira ó Mogador, echó los cimientos de Fedala, puerto tambien importante sobre el Océano, fortaleciendo ambas ciudades con buenos muros y baluartes, y adquiriendo para ellos en el estranjero, y principalmente en Inglaterra, la necesaria artillería. De esta suerte propor-

(1) Sigo en las particularidades del gobierno interior durante este reinado la relacion del conde Graberg de Hemsóo, en su libro antes citado. Publicóse este en 1833, y su autor habia desempeñado por largos años el consulado de Cerdeña en Marruecos. Merecen, pues, sus noticias bastante crédito en esta parte.

cionó mayor comodidad al comercio de las provincias occidentales del imperio, y al propio tiempo puso mas bajo su dominio y guarda aquellas costas. No se hallará, en suma, en este soberano cosa que no sea digna de un gran político y propia de un celoso y hábil administrador. En otra nacion y en otro tiempo habria sido su reinado famoso en la historia del mundo: en Marruecos fué solo un relámpago que desapareció al punto en las antiguas y negras sombras del fanatismo mahometano. Amábanle sus vasallos sobremanera, y principalmente los amacirgas, que son la mas antigua poblacion de aquella tierra, á pesar de sus atrevidos y para ellos estraños pensamientos, porque su bondad y clemencia le atraian las voluntades, y hacian inquebrantable la confianza que inspiraba su justicia.

No le faltaron disgustos interiores, no obstante, al fin de sus años. Los negros, predominantes por tanto tiempo en el imperio, y habituados ya á disponer de él á su antojo, le pagaban en odio la poca simpatía que á él le merecia aquella ferocidad que de otros soberanos marroquíes los habia hecho tan queridos. Prevalióse de este descontento su hijo primogénito Mohammed-Mahdi Yezid para sublevarse contra él en 1778, intitulándose rey de Mequinez desde luego. La fidelidad de las demas ciudades y de todas las cabilas y aduares á Sidi Mohammed, desconcertó al indigno hijo, que fué fácilmente vencido; y su padre se contentó con mandarle que para espiar su delito, fuese en peregrinacion á la Meca, acompañado de su madre Leila Zarzet, cuyos ruegos le habian libertado de mayor castigo, de algunos de sus hermanos y buen séquito de moros principales. Con esta caravana iban tambien ciertos ministros del Sultan, que llevaban de su parte ricas ofrendas para los Xerifes de la Meca y de Medina. Da curiosas noticias de este viaje y del carácter que demostró en él Muley-el-Yezid la *Relacion de una residencia de diez años en Africa ó viaje á Tripoli*, escrita por una señora que pertenecia á la familia de M. Tully, cónsul inglés á la sazon en aquellos parajes. No bien estuvieron á la mitad del cami-

no, Muley Yezid asaltó á los que llevaban el tesoro y violentamente arrancó de sus manos la mejor parte. En vano le rogó su madre que no tocase ofrendas que iban consagradas al Profeta, y no fué menos inútil que le conminasen los ministros con la justa cólera del Sultan. Esta fué tanta al saber la noticia, que envió á decir al hijo que mas no volviese á sus Estados sin haber hecho tres peregrinaciones á la Meca, en desagravio del robo. Muley Yezid, no mas obediente á este mandato que á los otros, anduvo recorriendo algun tiempo las regencias berberiscas, ejecutando por todas partes abominables hechos, y dejando triste recuerdo de su nombre. En una ocasion, uno de sus intendentes tardó mas que de costumbre en aprontarle cierta cantidad que necesitaba, y el bárbaro príncipe le mandó dar hasta cuatro mil palos, y le obligó á tragar despues una gran cantidad de arena, con que se le ocasionó la muerte. Su mayor placer era atormentar á los esclavos cristianos que poseia, y mas aun á los que encontraba por las calles de Argel, de Trípoli ó de Tunez. Los mismos cónsules no estaban libres de sus iras: de suerte que ocasionó mas de un conflicto á las regencias con los Estados de Europa. Echado de todas partes y aborrecido de todo el mundo, Muley Yezid acibaró largamente los últimos dias de su buen padre, tan diferente de él en todas las cosas. Dábase por alguna escusa de su crueldad, que apenas se hallaba hora del dia en que no estuviese ébrio; pero lo cierto es que su natural colérico, su codicia y su lujuria le llevaban, no menos que los estímulos de la embriaguez, á igualarse con su abuelo el Xerife Ismael, de odiosa memoria. Todavia desde el destierro en que se hallaba, saqueó por dos veces los tesoros que su padre enviaba á la Meca, apostándose en los caminos por donde venian, y prevaliéndose del respeto que sin duda infundia en los moros guardadores su cualidad de primogénito y sucesor en el imperio. Al fin, Sidi-Mohammed, dejando las ternuras de padre, y acordándose de sus deberes de soberano, le desterró para siempre de sus estados, y llamando á los grandes dignatarios de su corte y á los Xe-

ques y cabezas de las tribus, les señaló por su heredero á Muley Abdessalem, su cuarto hijo, que era el que mas se le acercaba en virtudes. En cuanto esto supo Muley-el-Yezid, se encaminó rápidamente al Mogreb-alacsa, y tomando asilo en un santuario muy venerado que estaba puesto no lejos de Tetuan, comenzó desde allí á promover el levantamiento de los malhechores y de los mas fanáticos de los moros, que eran sus únicos partidarios. A punto llegaron las cosas, que Sidi-Mohammed determinó marchar en persona contra el rebelde hijo y castigarle como sus crímenes merecian. La muerte atajó sus pasos no lejos de Salé á 11 de abril del año de 1789, que era el ochenta y uno de su edad, y el treinta y dos de su reinado. Era tal la fama de Muley-el-Yezid, que los ministros de su padre tuvieron por algun tiempo oculta la muerte de este, y no la noticiaron al pueblo hasta despues que estuvo enterrado en Rabat, temerosos de que aquel hijo desnaturalizado lograra apoderarse del cadáver, y cometiera en él alguna profanacion horrible. Con la muerte de Sidi-Mohammed cesó el gran movimiento civilizador que comenzaba á sentirse en el imperio: poco á poco fueron desapareciendo las reformas: dejaron los europeos de hallar recompensas y estímulos que les moviesen á llevar sus artes á Marruecos, y casi todas las cosas volvieron á su ant iguo estado. Perdióse, en fin, la esperanza que muchos llegaron á concebir de ver entrar á los pueblos de Mogreb-alacsa en el mundo civilizado.

XV.

Volvió, pues, el Mogreb-alacsa á su antigua política en 1789. Este año precisamente señala el principio del período histórico que podemos llamar contemporáneo. Distínguelo en Europa y América una sed ardiente de mudanzas y trasformaciones y un movimiento constante. Ya avanzando con paso seguro, ya retrocediendo empujados por pánicos terrores; ora aspirando á realizar ideales políticos, ora tendiendo á reconstruir unida-

des geográficas borradas por el tiempo; bien agitados de las tempestades morales condensadas por el libre exámen en dos siglos, bien impelidos por el rápido progreso de las necesidades materiales en todas las esferas del órden social, ello es que los pueblos sienten actualmente gérmenes extraordinarios de vida, y se mueven, durante el período de que tratamos, con una actividad desconocida hasta el presente en la historia. De los que habitan en las apacibles riberas del Mediterráneo solo uno forma escepcion en este punto, y es el mauritano. Ni el Egipto, ni la Turquía, ni Túnez, á pesar de ser musulmanes, han dejado de emprender tambien, como los otros pueblos, su camino. No queremos discutir ahora si estas naciones musulmanas lograran ó no su propósito. Bástenos establecer que tenemos que separarnos de la corriente general de nuestra época para apuntar los sucesos que perezosamente se han sucedido durante los últimos años en aquella otra nacion al parecer petrificada.

De los hijos de Sidi-Mohammed hubo varios que alcanzaron nombre y poder en Africa. Era el primogénito Muley-el-Yezid segun queda dicho: llamábase otro Muley-S'lemma ó Assalem, y otro Abderrahman, y hubo uno que tuvo por nombre Muley-Hixem, y otro Muley-Abdessalem, y aun quedó uno apenas adolescente el cual se llamó Abu-Arrébi-Suleiman. Muley-el-Yezid, de cuyas costumbres hemos hablado ya tanto, rayaba en los cuarenta años cuando heredó el imperio, y era de hermosa persona y muy hábil, aunque tan vicioso y sangriento. No bien se supo la muerte de Sidi-Mohammed, cuando respetando su primogenitura le aclamaron por Sultan en Rabatt y Salé y en las provincias cercanas á pesar de la desheredacion de su padre. La primera diligencia del nuevo príncipe fué llamar á Tetuan, en donde se hallaba aposentado, á los cónsules europeos, amenazándoles allí con declarar la guerra á sus soberanos si no le pagaban ciertos tributos; de esta amenaza solamente exceptuó á la Inglaterra. La potencia contra quien mas especialmente descargó sus iras fué España. Juntó todas las fuerzas que pudo y con harta me-

nos prudencia que el padre, se vino á sitiar á Ceuta, mandando hostilizar tambien á las cabilas limítrofes, las demas plazas que en aquel litoral tremolan nuestra bandera. Al mismo tiempo mandó que las pocas galeotas y buques disponibles que habia en sus puertos saliesen á cruzar por los dos mares en persecucion de los buques mercantes españoles. No lograron nada, como era de esperar, los moros delante de nuestras plazas sino derramar su sangre inútilmente siempre que se pusieron á tiro de la artillería, y dos de sus galeotas cayeron bien pronto en poder de nuestra numerosa marina de guerra. Despechado Muley-el-Yezid descargó la ira en los misioneros españoles, mandando que á todos los encadenasen, y asi los hizo conducir á Tetuan primero y luego á Tánger, donde los canjeó por las tripulaciones de las dos galeotas apresadas. Pero en tanto graves complicaciones interiores le separaron de sus propósitos belicosos, llamándole á cuidar de sus propios asuntos. Su triste fama y sus primeros pasos tan contrarios á los del padre, habian suscitado contra él la rabia, ó el descontento cuando menos de sus vasallos. Aprovechando esta coyuntura, se levantó contra él su hermano Abderrahman con Tafilete y Daraa, y el otro hermano Hixem con la ciudad de Marruecos, ayudado este de Abderrahman-ben-Azar, Abdallah Arrahmani y Yezid-ben-Arrosi, tres de los mejores generales de Sidi-Mohamad. Muley-el Yezid marcha desde el campo de Ceuta donde se hallaba, contra Hixem, que parecia el mas temible; vence las primeras tropas que se le oponen, y pasa triunfante el rio Omm Rebi ó Morbea. Llega luego delante de Marruecos, embiste furiosamente la ciudad y la entra por fuerza, arrojando de ella al rebelde hermano; y desencadenando sus iras contra los rendidos moradores, ejecuta en ellos horribles suplicios y venganzas tales que espantan el ánimo y hacen que la pluma se resista á relatarlos. No desalentó á Muley-Hixem tan gran desastre; antes revolviendo sobre Yezid con su ejército, hubo nuevos combates, y en uno de ellos cayó este mortalmente herido, no habiendo trascurrido sino veinte y dos me-

ses desde que entró á regir el imperio. Fortuna grande fué para Marruecos amenazado, no solamente de un reinado oscuro y enemigo de los adelantos, sino de una tiranía bestial como la que habian ejercitado muchos de sus bárbaros predecesores. Con su muerte, ocurrida en 1792, el imperio comenzó á disfrutar de una ventaja que aun hoy subsiste, en medio del mal gobierno que lo rebaja de dia en dia, y es de ser humana y dulcemente regido por príncipes blandos y benignos, ya que no inteligentes ó grandes.

Quedó repartido el Mogreb-alacsa, despues de muerto el Yezid, en tres gobiernos diversos: Assalem, que era el heredero mas próximo del trono, se proclamó Sultan de Vazan, donde residia; Muley-Abderrahman permaneció con las mismas pretensiones en Tafilete; y el vencedor Hixem, entrando otra vez en Marruecos, no pensaba menos sino que tenia seguro el imperio, por el cual habia guerreado con tanta fortuna. Abd-es-salem, cuarto hijo de Sidi-Mohammed, que era á quien este habia elegido por mejor para sucederle en el imperio, segun queda dicho, fué el mas modesto de todos, puesto que se contentó con servir á su hermano Hixem en el gobierno de Tarudante. Disputáronse el trono aquellos diversos pretendientes, alegando cada cual su derecho, aunque sin llegar á las armas durante algun tiempo. Pero entre tanto, de donde menos se esperaba apareció un nuevo pretendiente, el cual, como fuese mas activo y mas diestro que los otros, los fué sucesivamente venciendo y despojando de los Estados que poseian, hasta quedarse solo en el imperio. Fué este aquel adolescente Muley-Suleiman, hijo tambien de Sidi Mohammed, el cual residia en Mequinez, de todos por sus cortos años puesto al olvido. Las buenas partes del mozo le granjearon el favor de muchas tribus de amazirgas y bereberes, y levantando en ellas copioso ejército se vino contra los hermanos. El único que pudo resistirle fué Muley-Hixem, que se mantuvo por rey en Marruecos, mientras Suleiman se enseñoreaba de Fez y Salé y Tánger, y tomaba el nombre de Sultan. Pero al fin Hixem, viendo cuan declarado andaba, en favor del hermano

el afecto de los naturales, se salió de Marruecos y encargando sus hijos al vencedor, se fué á vivir en un santuario, donde á poco dejó la vida. Entonces Muley-Suleiman fué aclamado Emir almumenin en todo el Mogreb-alacsa, corriendo á la sazon el año 1795 de nuestra era.

Lo primero que hizo el nuevo príncipe fué ratificar los tratados que habia entre Marruecos y otras potencias y celebrarlos nuevos con los Estados-Unidos, la Cerdeña y las Ciudades Anseáticas. Pidió al propio tiempo la paz á España, y á ajustarla fué á Mequinez de los Olivares donde él residia el intendente de los reales ejércitos D. Juan Manuel Gonzalez Salmon, plenipotenciario del rey Cárlos IV, que escribió de aquella embajada y viaje una detallada relacion, inédita hasta ahora. Sidi-Mohammed-ben-Otoman, primer ministro del nuevo Sultan, y el mismo que años antes habia sido embajador en España, trató con nuestro plenipotenciario por parte de Marruecos. En su consecuencia se firmó en 1.º de marzo de 1799 un tratado entre España y Marruecos, monumento insigne de humanidad por parte del nuevo Sultan y de prevision política por parte de nuestro gobierno. Ya en 1794 habia arribado á Safi un comisionado español con cuatro misioneros: otros cuatro pasaron á Tánger, y al año siguiente se restablecieron los hospicios de Larache y Mogador, como estaban antes del reinado de Muley-el-Yezid, abandonándose definitivamente los del interior por inútiles, una vez abolido el cautiverio. Todos los competidores de Muley-el-Yezid amaban á los frailes y querian estar bien con España. En el nuevo tratado de 1799 se estipuló por vez primera la seguridad de los misioneros que dependian hasta allí de la tolerancia de los sultanes: ni en 1767 ni en 1780 se hizo de ellas mencion alguna.

Estipulóse al propio tiempo en este último tratado de 1789 que el culto de la religion católica sería libremente permitido á todos los súbditos del rey de España en los dominios marroquíes, y que se podrian celebrar los oficios propios de ella en las casas-hospicios de los misioneros, reconociéndose en cambio á los moros existentes en España el derecho de ejercer

privadamente, como lo habian practicado hasta entonces, todos los actos propios de su culto. Previóse el caso de nueva guerra entre ambas naciones, y se acordó que aun entonces conservasen sus establecimientos los misioneros en el imperio. Los moros y los españoles adquirieron tambien por este tratado el derecho de viajar libremente por España los unos y los otros por Marruecos, declarando el sultan que caeria en su indignacion cualquier jefe que no prestase buena acogida á cualquier vasallo de S. M. Católica, que transitase ó residiera en sus dominios. Deseando además el sultan que se borrase de la memoria de los hombres el odioso nombre de esclavitud, ofreció que en el caso de un rompimimiento inesperado repu taria á los oficiales, soldados y marineros españoles cogidos durante la guerra como prisioneros de ella, canjeándolos sin distincion de personas, clases, ni graduaciones; no considerando como tales prisioneros de guerra á los jóvenes que no tuviesen doce años cumplidos, las mujeres de cualquier edad que fueren, ni los ancianos de sesenta años arriba, que desde luego serian puestos en libertad por no poderse temer de ellos ofensa alguna. Llama la atencion justamente en este tratado el artículo correspondiente á las plazas del Peñon, Alhucema y Melilla. El sultan, de acuerdo con el rey de España, declaraba que al paso que entre los habitantes de Ceuta y los moros fronterizos habia corrido la mejor inteligencia, era notorio cuan inquietos y molestos fuesen los que de estos vivian al frente de las otras tres plazas citadas, que á pesar de las reiteradas órdenes de su soberano no habian dejado de hostilizarlas continuamente, por lo cual y sin perjuicio de adoptar todas las medidas de prudencia y autoridad convenientes, quedaron autorizadas las guarniciones españolas para rechazar los ataques de que eran objeto con cañon y mortero, ya que la esperiencia decia que no era bastante el fuego de fusil para escarmentar á aquella gente. Por último, fueron grandes las ventajas económicas pactadas para España en este tratado. Desde Mogador á Tetuan nuestros buques debian pagar derechos de estraccion sobremanera módicos: la compañía llama-

da de los Cinco Gremios mayores de Madrid, fué confirmada en el privilegio esclusivo de estraer granos por el puerto de Darbeyda ó Anafe, y los pescadores de las islas Canarias adquirieron el derecho de ejercitar su industria en las costas marroquíes desde Agher ó Santa Cruz hácia el Norte, ofreciéndose además el sultan á practicar las gestiones mas eficaces para rescatar las tripulaciones de los buques que naufragasen en rio Num y su cabo y costa, donde él no ejercia ya señorío. De intento hemos hecho alto en este tratado importante, que bien cumplido por ambas partes hubiera podido abrir la puerta á nuestro influjo político en Marruecos de un modo profundo y duradero. Nuestras desgracias interiores y la enemiga política de los ingleses estorbaron que nosotros sacásemos los calculados beneficios; y al propio tiempo la ignorancia y pobreza en que volvió á caer el imperio despues de la muerte de Sidi Mohammed cegaron tambien de por si, sin necesidad de ajeno impulso, muchos de los manantiales de riqueza que el comercio con las vecinas costas ofrecia. De aquí nació que lo que España no pudo conseguir, tampoco lo obtuvieron las demás naciones en general, quedando antes de mucho reducido casi solamente al tráfico con Gibraltar el comercio de Marruecos.

Hubo, sin embargo poco despues del tratado de 1799 bien diferentes esperanzas en España. Corriendo el año de 1801 un cierto D. Domingo Badia y Leblich, tan desconocido entonces como ha sido despues famoso, presentó al gobierno español el proyecto de un viaje científico al interior del Africa, que debia ejecutar en compañía del célebre naturalista Rojas Clemente. Apróbose el proyecto y ambos comisionados pasaron á París y Londres á ensayarse y practicar todo lo necesario para poder pasar por verdaderos mahometanos. No tuvo valor Rojas Clemente para someterse á alguna de las prácticas necesarias; pero Badia pasó por todo con singular constancia, y adquirió tales hábitos y conocimientos que no habia forma de conocer su nacion y su verdadero culto, realizándose la transformacion de un modo casi increible. De repente el proyecto

de exploracion científica se convirtió en un peregrino plan político (1). Queria el príncipe de la Paz, que á la sazon tenia las riendas del Estado, sacar todo el partido posible del tratado, porque era en él, segun cuenta, «idea fija viva siempre en su »espíritu hasta soñar con ella á menudo el modo de adquirir »para España una parte especialísima del comercio interior del »Africa por conducto de Marruecos (2).» Para tal empresa no bastaba en su concepto el tratado: era menester poseer puer»tos y asientos propios y útiles al comercio en las costas marroquíes. A la sazon el xerife Ahmed tenia levantado en el Sús el estandarte de la rebelion; y se temia que Muley Suleyman, mas alfaqui y hombre de letras sagradas que soldado, no lograse vencer á aquel rebelde con la misma fortuna que habia tenido para ocupar, en medio de tantos obstáculos el trono. De aquí nació en Godoy la idea de proponerle un plan de alianza, comprometiéndose él en cambio de los socorros que le daríamos para conservar su trono, á cedernos dos puertos en el Estrecho el uno, y el otro en el Océano. Sobraban pretestos á la sazon para realizar por fuerza los propósitos del favorito: durante la nueva guerra con los ingleses se habian hecho algunos regalos al sultan á cambio de los favores que continuamente nos hacia, y como cesasen aquellos despues de hecha la paz, comenzó á tratar con alguna dureza á los negociantes españoles, violando, no solo el tratado, sino tambien las costumbres recibidas. Pero el humor pacífico de Cárlos IV y la necesidad de no alarmar á la Inglaterra fueron causa de que se prefiriese solicitar la alianza en los términos imaginados por el ministro español, segun refiere él mismo. Rojas Clemente que ni se habia circuncidado, ni era tan astuto y resuelto como Badia quedó en España, bien á pesar suyo; y Ba-

---

(1) Breve noticia de la vida de Ali-bey que precede á la edicion de sus viajes. Tomo 4.º Madrid 1836.

(2) Cuenta dada de su vida política por D. Manuel Godoy, príncipe de la Paz. Tomo 4.º Madrid 1837.

dia solo se embarcó en Tarifa y llegó á Tánger al acabar el mes de junio de 1803 con el nombre de Alí-bey-el-Abbassi, y el traje y apariencia de un príncipe musulman que pasaba á visitar á sus hermanos de Africa. Llevaba una geneología muy completa que probaba ser él hijo de Otoman-bey, príncipe Abbassida y descendiente del profeta. Con esto y sus instrumentos, su ciencia, y dinero bastante para lo que pudiera ofrecerse, dió principio Badia á su espedicion digna de ser minuciosamente descrita en estos *Apuntes*, no solo por su importancia política, sino tanto ó mas aun por el conocimiento que da del estado interior de Marruecos en aquella época bastante cercana de la actual, para que su conocimiento no sea útil en nuestros dias.

Fué el fingido Ali-bey muy bien recibido en Tánger. A dicha vino por entonces á aquella ciudad Muley Suleyman; y habiéndosele presentado Alí-bey con algunos regalos, segun costumbre del pais, lo acogió tambien con gran benevolencia, tomándole por quien él suponia ser, sin dificultad alguna. Tenia á la sazon aquel príncipe como unos cuarenta años: su talla era alta y su robustez estraordinaria: el rostro no muy moreno llevaba impresa la bondad de su carácter; haciéndose notar en él, sobre todo, sus dos grandes ojos llenos de viveza. Hablaba con rapidez y comprendia con facilidad, y su traje era casi ordinario, yendo embozado por lo comun en un jaique grosero. Como faqui ó doctor ó de la ley, su instruccion era puramente musulmana. La corte del Sultan no tenia mas aparato de brillantez que su persona, y durante todo el tiempo de su permanencia en Tánger, estuvo siempre acampado con su comitiva. Los muebles y utensilios de que se servia eran inferiores á los que gastan las clases medias en Europa: sus noticias científicas estremadamente limitadas, y no por falta de curiosidad ni de buena razon, porque precisamente Alí-ben ganó su gracia enseñándole los instrumentos astronómicos y físicos que llevaba consigo, y el uso que de ellos se hacia. Determinó el Sultan agregar al recien llegado á su servicio, y él aceptó el favor como quien no

buscaba otra cosa (1). Despues de detenerse en Tánger algunos dias á arreglar sus asuntos, marchó, pues, Alí-bey á Mequinez y Fez, y de allí á Marruecos donde el Sultan residia. Hicieron este y su hermano menor Abdsulem, privado de la vista, pero lleno de generosidad é inteligencia, grandes estremos de júbilo al ver, por fin, al supuesto príncipe árabe en la corte; y el Sultan le regaló una casa en la ciudad que habia sido edificada á gran costa por Sidi-Ahmed-Duquelí, ministro mucho tiempo del imperio, y una hermosa posesion campestre llamada Semelalia, que el difunto Sidi Mohammed habia hecho plantar para sus regios desahogos á no mucha distancia de su corte. Allí residió por algun tiempo ocupado, segun él cuenta en sus memorias, en placeres sencillos y observaciones científicas; pero en realidad poniendo en ejecucion los proyectos del príncipe de la Paz con una audacia y una fortuna increibles. No alcanzó á la verdad ni todo aquel favor, ni el grande ascendiente que habia adquirido sobre el crédulo y devoto príncipe, que este se persuadiese de las ventajas de la alianza española. Lejos de eso, comunicó á su confidente Alí-bey que era su intento, asi que lograse reducir á los rebeldes que agitaban sus provincias del Atlas, soltar, como él decia, sus perros á los dos mares, y estimular las hostilidades de los moros fronterizos contra nuestros presidios. «Nada llenaria mi alma de contento», le decia el Sultan á Badia, trasformado en Alí-bey, «como ver »cumplida en nuestros dias la divina promesa que á este im»perio le está hecha de recobrar la España, aunque otro fue»se el elegido para tan santa obra, y mas que fuese necesario »para esto cederle mi corona: tú, mejor que nadie, puedes to«mar á tu cargo esta noble empresa (2).» Badia, colocado en tan estraña situacion, entabló tratos entonces con Sidi Hescham, hijo del Xerife Ahmed, y se ofreció á servir de mediador con el gobierno español para que ayudase á este á con-

(1) Viajes de Alí-bey-el-Abassi, antes citado

(2) Cuenta dada de su vida política por D. Manuel Godoy, etc.. Obra antes citada.

quistar el trono mauritano. Hescham, deseoso de nuestra alianza, llegó á ofrecer en nombre de su padre que nos cederia todo el reino de Fez, de suerte que Tánger, Tetuan, Larache, Arcilla y Salé vendrian desde luego á poder de España. Al mismo tiempo Badia ganó de tal modo la confianza de muchos alcaydes y personas principales del imperio, que creyó poder contar con ellas á todo trance. Participó á Godoy sus adelantos pidiéndole los socorros necesarios, y este, despues de enviar á la costa de Marruecos á cerciorarse en lo posible de la verdad de sus planes á D. Francisco Amorós, persona de mérito no comun y uno de los mayores confidentes que tenia, se resolvió á entrar en la conjuracion. A mediados de junio de 1804 se creia llegado el momento de obrar, y Godoy escribió al marqués de la Solana, capitan general de Andalucía, con quien mantenia acerca de este punto una correspondencia, publicada en Francia años hace (1), que «Muley Suleyman, supersticioso, estúpido, vicioso, cobarde y cruel, era »aborrecido de sus súbditos, de modo que Alí-bey podia á su »arbitrio destronarlo», y que segun este mismo le habia escrito, «tenia en sus manos un nuevo Motezuma.»

Godoy, comparando con Hernando Cortés á Badia, juzgaba que nada podia oponerse al propósito de este, porque de los híjos de Suleyman el mayor estaba desterrado, y todos los demás eran justamente aborrecidos por su padre y por el pueblo á escepcion del segundogénito, muy amado del padre, aunque no menos que los demás detestado y despreciado por los vasallos. No se esperaba mas resistencia que la de Muley-Abdemelic, gobernador de Mogador, pero Alí-bey no parecia hacer de ella cuenta alguna. Precisamente el vice-consul español en aquella plaza, D. Antonio Rodriguez Sanchez, era uno de los principales agentes de la conjuracion y se esperaba mucho de su conocimiento y prestigio en los moros. Llegado, pues, segun todos indicios, el momento de obrar, Godoy man-

(1) Véanse algunas de las cartas en el Apéndice al tomo 4.º de la Cuenta dada, etc., del Príncipe de la Paz.

dó al marqués de la Solana que tuviese preparado secretamente buen número de embarcaciones en Tánger, Algeciras, Sanlúcar y Cádiz; que aumentase progresivamente la guarnicion de Ceuta hasta tener allí disponibles nueve ó diez mil hombres que podrian acamparse fuera de la ciudad con pretesto de maniobrar, llamando hácia aquella parte la atenciondel Sultan y distrayendo por consiguiente sus fuerzas; que fuese remitiendo como pudiese á Ali-bey el socorro que habia pedido, con el objeto sin duda de ponerlo á disposicion de Sidi-Hescham, y consistia en veinte y cuatro artilleros con dos oficiales, tres ingenieros y dos minadores, algunos cirujanos con sus instrumentos y medicinas, algunos cañones de campaña con sus cureñas, dos mil fusiles y municiones, cuatro mil bayonetas y mil pares de pistolas. Acompañaba Godoy sus órdenes con ciertas observaciones prudentes y encaminadas á que no se malograse por precipitacion la empresa. No habia querido enterarse Cárlos IV sino muy sucintamente de esta cuestion, descansando en ella, como en todas, en el juicio de Godoy y acordando sin exámen cuanto le proponia. Habian ya partido precisamente las últimas instrucciones cuando el rey consintió en que su favorito le enterase sumariamente de aquella empresa gigantesca, y entre los detalles que ofreció este á su curiosidad fueron el plano de la posesion de Semelalia y traslado del firman de Muley-Suleyman por el cual la donó á Badia. Nublóse al contemplarlo la frente del honrado príncipe y volviéndose á Godoy le dijo estas memorables palabras: «No, en mis dias no será esto. Yo he aprobado la guer»ra porque es justa y provechosa á mis vasallos. He aprobado »tambien que antes de hacerse vaya un explorador, porque »esto se acostumbra y es forzoso algunas veces para empren»derla con acierto; pero jamás consentiré que la hospitalidad »se vuelva en daño y perdicion del que la dá benignamente. »Con Dios y con el mundo seria yo responsable de tal hecho »siendo un agente mio quien habria obrado de esa suerte.» Inútiles fueron despues de estas palabras las observaciones del favorito: el rey se mantuvo firme y hubo que disponer apre-

suradamente que se deshiciese lo hecho. Entonces Badia, pretestando el deber de los buenos musulmanes de ir en peregrinacion á la Meca se despidió del Sultan, á pesar de los esfuerzos que este y su hermano Abdsulem hicieron para detenerle, y no sin escitar ya sérias sospechas salió del imperio y continuó su viaje científico al Oriente. No es fácil decidir hoy si era ó no un sueño el proyecto de Godoy y de Badia; pero lo mas probable es que lo fuese. Al ver de repente á los cristianos en su territorio los moros habrian tomado en tropel las armas para defender á su soberano, y este poseia todos los medios para escitar su fanatismo con sus conocimientos estensos en la teología musulmana, y la regularidad religiosa de su conducta. Sidi-Hescham ó habria sido abandonado ú obligado á contentarse con el Sús; Badia no habria tardado en ser aborrecido mas que el tiempo necesario para persuadirse de su fingimiento y alevosía; y las tropas españolas lanzadas á deshora sobre el continente africano no podrian haber obtenido en él mas que sangrientos y estériles frutos. Acaso, pues, la bondad de carácter de Cárlos IV, tan funesta por lo comun á la monarquía libró á España entonces de un gran desastre. En cuanto á Godoy merece disculpa en esta como en otras ocasiones: aquel hombre fué vivo ejemplo de que no es posible con malos principios realizar buenos fines; pero que estos fueran generalmente patrióticos y generosos ni puede ni debe negarlo la serena imparcialidad de la historia. Los mas de sus pensamientos políticos, en otro que él, habrian merecido general aplauso, y otro que él habria podido ponerlos en ejecucion sin escitar la animadversion nacional. Faltábale solo algun mas peso, alguna mas esperiencia, alguna menos precipitacion en ocasiones; y estas cualidades explican lo que habia de aventurado y de ilusorio en sus planes sobre el Africa. Ni era tiempo tampoco de acometer tamaña empresa; que ya las naciones heridas por la fortuna creciente de Bonaparte tenian harto en que pensar para defender sus propios lares; y en España mismo el sol de Bailen no iba á hacerse esperar muchos años. Era, pues, aquella época de organizacion, de

economía, de guerras de ensayo y no de conquista. El Mogreb-alacsa por entonces, segun la descripcion que de él nos dejó el falso Ali-bey, estaba sumido en la mayor pobreza y en la mas crasa ignorancia. Pudo juzgar esto perfectamente el emisario español que visitó á Tánger, Tetuan, Alcázar-quivir, Mequinez, Fez, Salé, Rabatt, Marruecos, Mogador, Ugda y Larache, hallando en todas partes la propia miseria, y la misma barbarie en la poblacion musulmana y judía que allí habitaba. En sus viajes de Tánger á Fez por Mequinez, de Féz á Marruecos por Rabatt, de Marruecos por Féz á Ugda y Larache, vió siempre campos incultos sin otra poblacion que pastores de vacas, cabras y carneros, alojados en pequeños aduares de tiendas ó casas de piedra y lodo, que no pasaban casi nunca de veinte; alguno que otro bosque de encinas, lentistos, carrascas y mimbres; grandes arenales cubiertos de palmitos y esparto; poca tierra vegetal productiva, y esa cubierta de cardos secos; y unos cuantos olivares en Mequinez, bastantes palmeras en Marruecos, ciertos naranjales en Rabatt, algunos sembrados y jardines en Fez, interrumpian solo la constante desnudez y esterilidad del vasto territorio mauritano. Ni podian cultivarse los campos que eran capaces de producir porque no existia siquiera la idea de propiedad individual, y se tenia al Sultan por dueño de todo; carecian los súbditos de la libertad de vender ó disponer del fruto de su trabajo; nadie se atrevia á gozar de sus riquezas ni á dejar á entender que las tenia; el fanatismo era tal, que solo en Tafilete habia mas de dos mil hombres reputados y tenidos por Xerifes ó descendientes del profeta, que era tener abierta una fuente inagotable de rebeliones; ejercitábase el oficio de santo como otro cualquiera, desempeñándolo gente vil ó asquerosa que no por eso era menos respetada del pueblo; las ciencias estaban reducidas á la teología, la moral y la legislacion, todas ellas derivadas del testo del alcorán mal entendido por sus comentadores árabes, y peor explicado por los doctores y maestros marroquíes. Nadie sabia en el imperio el uso de unos globos antiguos y una esfera armilar que ha-

bia en la torre de la principal mezquita de Fez; ni se conocia el modo de arreglar un reloj descompuesto de los que se guardaba en las mezquitas. Euclides y Aristóteles, traducidos al árabe en los buenos tiempos de aquella raza, eran sus únicos testos en las matemáticas y la física; la medicina, la geografía y la química, eran casi desconocidas; la historia nadie la cultivaba, ni era posible averiguar de ellos particularidad alguna notable acerca de sus anales. Hasta el leer era una especie de ejercicio mecánico por lo comun, y eran pocos los que comprendian el sentido de las frases. No habia por lo demás administracion, ni ejército permanente, ni pilotos que supieran dirigir un bajel fuera de las costas. Todo lo que se podia, pues, alabar por este tiempo en Marruecos, era la bondad de Muley-Suleyman, injustamente tratado en la correspondencia de Godoy, á que antes se ha hecho referencia: achaque ordinario de la violencia, aunque sea justa, este de justificarse á sí propia calumniando á la víctima que prepara para el sacrificio. Lo cierto es que todas las naciones cristianas esperimentaron la humanidad de Suleyman en gran manera. Mas que ninguna la experimentó España, por su vecindad y el aprieto en que se vió luego; recibiendo de él favores singulares, como el de permitir que se abasteciesen de cuanto necesitaban las plazas de nuestro litoral, y señaladamente Cádiz, residencia del gobierno y de las Córtes, y último baluarte de nuestro patriotismo y de nuestro valor. Hubo otras naciones que no pudieron, en medio de revueltas tan grandes, como dieron de sí los primeros años del siglo, cumplir los pactos y tributos que con él tenian ajustados, y estas deben tambien agradecerle el no haber sido nunca molestadas ni requeridas por semejante falta.

No será fuera de propósito recordar en este punto que todas las naciones cristianas, así las mas poderosas como las mas débiles, se habian comprometido, las diversas épocas con el imperio, á pagarle ciertos tributos con nombre de regalos. La facilidad con que los marroquíes pueden ejecutar el pirateo desde las embocaduras de sus rios y ensenadas de peligro-

sísimo acceso, cohonestaba un tanto esta costumbre humillante, ya que en nuestra opinion no la justifique. Desde el siglo XVI en que el comercio europeo adquirió, por el mar principalmente, tan notable prosperidad y ensanche, todos los gobiernos vieron gravemente amenazados los intereses de sus súbditos si no terminaban de alguna manera con el incesante pirateo que hacian los marroquíes, tanto quizá como por su ódio al nombre cristiano, por la cuantiosa ganancia que tal ejercicio les ofrecia. Ocasiones hubo y de alguna queda hecha mencion en estos *Apuntes*, en que los corsarios marroquíes fueron no menos famosos que los de Argel, y no menos fatales que ellos al comercio europeo. Y en la disyuntiva de acabar estas piraterías por las armas, ó acabarlas por medio de tributos, ya que no bastaban los tratados mismos, las naciones cristianas, casi sin escepcion, prefirieron lo último, tal vez considerándolo menos costoso y de mas fácil logro; pero siempre fué mengua suya el someterse a tales obligaciones. Guarda era de ellas y del pago del tributo la marina marroquí, numerosa y diestra, que siempre á punto de corso, no necesitaba mas que una señal del sultan para salir y destruir entre las opuestas orillas del Estrecho, toda bandera enemiga. De este riesgo y castigo libró Muley-Suleyman durante las guerras de principios del siglo, á las naciones que empobrecidas ú ocupadas en defender su independencia retardaron el cumplimiento de los tratados. Pero no se contentó con esto el sultan, si no que para cortar de raiz la piratería y asegurar mas á las naciones cristianas de sus pacíficos propósitos, mandó desarmar en 1817 toda su marina militar, prohibiendo bajo severas penas el corso y piratería en sus estados: cosas ambas de buen príncipe, aunque no de gran político. Que si él, en lugar de desarmarla, fomentára y protegiera la marina del imperio, quizás no hubiera sido en nuestros dias tan á salvo humillado por las naciones marítimas. Mas el hecho que prueba sobre todos, la bondad de alma de Muley-Suleyman es la libertad que mandó dar á todos los cautivos cristianos que halló en sus estados á pesar de las primeras medidas de Sidi-Mohammed; y esto

sin reclamacion ni súplica de nadie, sino de propia voluntad, prohibiendo que en adelante se les pusiese en cadenas, y obligándose aun á rescatar á los que cayesen en poder de los pueblos independientes del Sur y del desierto de Sahara. Notóse en especial, en este príncipe una cualidad rarísima entre los habitantes del Mogreb-al-aksa, y principalmente entre los sultanes, que era la liberalidad; puesto que el mismo Sidi-Mohammed, que tan gran renombre dejó en Africa, no supo dejar de ser avaro como lo fueron sus predecesores. Tambien fué notable Muley-Suleyman en la equidad y justicia, no pecando de riguroso ni de blando, imponiendo castigos, no para satisfacer la cólera, sino para corregir á los unos y dar á los otros ejemplo. Hombre, en suma, digno de alabanza por sus virtudes, ya que no albergase en su ánimo los altos pensamientos de conquistador y de político que los mas quieren ver en los príncipes, ni dejase de participar en algo de los vicios y preocupaciones de sus antepasados y de sus súbditos.

Veinte y cinco años se mantuvo en alguna paz el Mogreb debajo del gobierno de este sultan, hasta que conjurados en 1818 todos los azotes que suele enviar el cielo contra las naciones, pusieron al imperio en la mayor desolacion y espanto que puede imaginarse. Ya por los años de 1799 y 1800 la peste bubónica habia devorado como una cuarta parte de la poblacion del pais. Vuelta en 1818 aquella plaga horrible, desoló durante otros dos años las provincias del imperio; al propio tiempo que los campos, en espantosa sequía, no daban producto alguno y tenian hambrientos y estenuados á los pueblos. Nada podia hacer Muley-Suleyman que remediase tamaños males; pero, como suele acontecer por lo comun y mas en nacion tan ignorante y fanática, cayó sobre él la culpa y el castigo. Juntóse, pues, una guerra civil larga y sangrienta con los desastres de la epidemia y del hambre (1). Comenzó

(1) Todos los detalles de esta guerra civil están tomados del *Spechio Státitico* del conde Graberg de Hemsoö, digno de crédito en ellos porque pertenecen al tiempo de su residencia en Marruecos.

la sublevacion negándose á pagar tributos y derramas las tribus amacirgas que pueblan los montes y valles de Zajana y las provincias de Ajana, de Fiedla, de Xiavoia y de Hescura. A la verdad, su miseria era grande y no parecia ocasion de exigir el pago; pero aquella voz y el descontento y desesperacion de los pueblos produjeron un levantamiento terrible, que no tenia razonable disculpa. Derrotaron primero los sublevados á las cáfilas de soldados que andaban cobrando las contribuciones; asaltaron luego y robaron un rico convoy que venia de Fez á Tafilete, y acrecentados y alentados con estas ventajas, se mostraron en campo con todo el aparato de guerra. Muley-Suleyman despachó al punto contra ellos á su hijo Muley-Ibraim, gobernador de Fez, al frente de tropas escogidas, pero no pudo someterlos; antes bien lograron sorprender y desbaratar la guardia imperial de los ludajas ó árabes del gran desierto. Entonces el sultan determinó marchar en persona contra los rebeldes, acompañándose de ejército formado. Halláronse los dos campos no lejos de Guer, entre el rio Guadelabid y el rio Seroc; y tanto pudo la presencia del sultan, mas aun que por sus virtudes, respetado como Xerife, descendiente del profeta; que depuesta la ira, los sublevados amacirgas y xiloes le ofrecieron la sumision, conviniendo en pagarle los tributos debidos. A ratificar el tratado, fueron de parte de los rebeldes hácia las tiendas del sultan sesenta de ellos, mitad hombres y mitad mujeres y niños, segun la antigua usanza de aquellos pueblos. Y no hay duda que, recibidos por Muley-Suleyman se acabaron los disturbios en el imperio, si la sed de venganza no precipitára á su hijo Ibrahim en un hecho horrible, que fué mandar disparar á sus soldados sobre el grupo de los mensajeros de paz que venian acercándose para rendir homenaje. Solo cuatro muchachos pudieron salvar la vida, y huyendo á las montañas donde se apoyaba el bando rebelde, esparcieron la deplorable noticia, que voló por los contornos, infundiendo en todos los ánimos ideas de sangre y de venganza. Al caer la tarde de aquel dia, comenzó á descender á la llanura desde los montes donde estaba

asentado el campo rebelde, un escuadron de hombres escogidos, los cuales con las armas bajas y cautelosamente andando, se encaminaron á las tiendas del sultan. Noche cerrada era ya cuando á ellas llegaron; de los soldados imperiales, unos comenzaban á disfrutar de las delicias del sueño, otros andaban desparramados por el campo, arrimadas las armas y sin el menor recelo; Muley-Suleyman, traspasado de dolor con el funesto accidente del dia, revolvia afanosamente en su cabeza los medios de remediarlo en lo posible, y su hijo Muley-Ibrahim, mas inquieto que satisfecho, sentía ya acaso los primeros remordimientos de su despiadada obra. De repente un grito horrible suena en el campo: los soldados, sorprendidos ó soñolientos, van á buscar sus armas; mas antes que con ellas, topan con invisibles hierros, que bárbaramente los destrozan; corre la sangre á rios por todas partes, arden las tiendas, nada respeta el rencor insaciable del combate. Eran los amacirgas rebeldes, que así tomaban venganza de la muerte de los suyos. Muley-Ibrahim sale despavorido á repelerlos; pero conócenle, hiérenle y paga con su sangre aquella inocente que habia hecho derramar por el dia. En lo mas revuelto de la refriega entra un xíloe en una tienda que comenzaban á rodear las llamas, y encuentra á un hombre medio desnudo y desesperado, atento solo al instante de la muerte. «¿Quién eres?» le dice. «Suleyman soy,» responde el desventurado, que no era otro que el sultan; y fuese piedad, fuese codicia, el alarbe, cogiéndole en sus robustos brazos le saca de entre las llamas, y envuelto en su propio albornoz le lleva fuera del campo, diciendo á los curiosos que hallaba en el camino: «Es uno de mis hermanos que han herido en el combate.» Ya fuera del campo pudo el amazirga encaminarlo hácia su pobre hogar en la montaña, donde el sultan estuvo tres dias, refugiándose luego en el venerado santuario de Beni-Nasser y de allí en Mequinéz. Con tales hechos no es necesario encarecer cuánto crecería la rebelion por todo el imperio. Alentados los unos, y abandonado el respeto de los otros, llegaron á juntar los rebeldes muy copioso ejército, y dando el mando de él á un cierto Si-

di-el-Mehauxe, jefe supremo de los amazirgas, se atrevieron á asediar al sultan dentro de Mequinéz y le tuvieron puesto en peligro por mas de año y medio. Tratóse en varias ocasiones de avenencia; pero el sultan con el dolor de la muerte del hijo y la cólera de su afrenta, no quiso prestar oido á ellas. Tanto pudieron en él, aquel dolor y cólera, que desmintiendo la humanidad de su condicion, mandó matar á los mensajeros que para tratar con él enviaron los rebeldes: cosa que exasperó á estos hasta el último punto, y juntándose hasta quince mil hombres de pelea, acometieron furiosamente á la ciudad. Defendiéronla valerosamente los soldados de la guardia negra, fieles al sultan todavia, y que podrian contar de siete á ocho mil hombres en sus banderas. Los asaltos fueron muchos, y muchas las salidas y encuentros que hubo delante de la plaza, sin que ninguna de las partes obtuviese notable ventaja. Pero entre tanto el desventurado Muley-Suleyman, abandonado de sus mayores amigos, y dominado por la soldadesca bárbara, que á tal precio le defendia, se miraba en la mas grande amargura. Llegaron los soldados á matar delante de sus ojos á su favorito Ahmed-Mula-at-Tei ó el Tayi, ministro leal que le habia servido con igual celo en la adversa que en la próspera fortuna, y hombre dignísimo de mejor suerte. Aun esto hubo de disimular el sultan; y harto mostraba en sus contínuas oraciones que solo de Dios esperaba ya remedio á sus males.

En tales circunstancias fué cuando por diversas partes del imperio se aclamaron otros príncipes. Hasta entonces los rebeldes se habian limitado á solicitar su venganza ó á contentar su codicia; mas reconociendo y venerando todos ellos en Muley-Suleyman al xerife y al legítimo soberano. Rotos ya los últimos frenos del respeto, se alzaron algunas turbas de sublevados con Fez el nuevo, proclamando por emperador á un cierto Muley-el-Tâyib, otro hijo, segun dicen algunos, de Sidi-Mohammed, y hermano en tal caso de Muley-Suleyman, mientras que en Tetuan y Tánger y Larache se levantaba con el imperio el príncipe Muley-Ibrahim, hijo de Muley-Yezid, y como tal, legítimo aspirante al trono. Este, que residia en Fez,

habia sido invitado en otras ocasiones por los revoltosos á levantarse con el imperio; pero él lo habia resistido constantemente, ó bien porque fuese de ánimo apocado, ó bien porque quisiese guardar fiel amistad al tio. Mas viendo ahora tan cierta la victoria, y tan decaido el partido de Muley-Suleiman, que alguno habia de aprovecharse necesariamente de los despojos, cedió á los ruegos de sus partidarios y se proclamó emperador, con ayuda y favor de dos grandes caudillos, Sidi-el-Arbi, xerife de Vazan el uno, y el otro Sidi-Ahmed-el-Luxi, capitan de los xiloes y hombre valentísimo de su persona, el cual alcanzaba gran prestigio y fama entre todos los naturales del Mogreb-alacsa. Pero atajóle la muerte en lo mejor de estos proyectos, amaneciendo un dia cadáver en una casa de Tetuan, si de enfermedad ó de tósigo no se sabe. Los caudillos de su ejército, harto comprometidos ya, determinaron nombrar por sucesor á un hermano suyo, el cual se llamó Muley-Said, y fué hombre de alientos, aunque no de mucha fortuna. Al frente de un ejército de treinta mil hombres, donde iban muchos buenos guerreros, y entre otros, aquellos dos Sidi-Ahmed y Sidi-el-Arbi, á quien debia el ser su partido, marchó contra Muley-el-Tayib, determinado á echarle de Fez y quedarse solo con las pretensiones del imperio. Halláronse los ejércitos no lejos de aquella capital, y hubo una sangrienta batalla en la cual murió Muley-el-Tayib y fué completamente aniquilado su partido. Entonces el vencedor Muley-Said entró en Fez y se proclamó Sultan de todo el Mogreb-alacsa. Pero la prosperidad le acompañó por poco tiempo. Ello fué que, cansadas las tribus amazirgas y xiloes del largo asedio que tenian puesto á Mequinez, y satisfechas ya de su venganza, alzaron el campo y se volvieron á sus hogares, dejando libre á Muley-Suleiman que al punto salió de allá y se vino con su ejército á Marruecos. Desde aquí atendió á reunir soldados y armas y tesoros, y junta crecida hueste, marchó con ella la vuelta de Fez á combatir á Muley-Said. Diéronse vista los campos en el lugar de Xeferaz, sobre el rio Vargas ó Guerga, y empeñada la accion, fué roto sin gran dificultad el ejército de Muley-

Said, ó bien por azar de la guerra, ó porque le abandonaron en el trance algunos de sus caudillos y parciales. Tal fué la rota, que á él mismo le costó duras penas el refugiarse en Fez el viejo, donde se sostuvo por algun tiempo mientras el tio triunfante volvia á Marruecos. Alli acabó á los pocos dias Muley-Suleiman su revuelta vida, á los 28 de noviembre de 1822, cuando justamente cumplia treinta años de reinado. Sintiendo su fin cercano, hizo testamento; y recordando la promesa que habia hecho á su hermano Muley-Hixem de mirar por sus hijos, y movido de la gran fidelidad que le habia demostrado en todas ocasiones y de las notables cualidades del mayor de ellos, por nombre Muley-Abd-el-rahman ó Abderrahman, le nombró sucesor al trono y heredero de todas sus cosas. Al propio tiempo escribió á los de Fez y á los principales xeques de las tribus, recomendándoles que á aquel prestasen obediencia, como que era el único de la familia imperial que podia ejercer el imperio. De los tres hijos que tuvo en esclavas negras, no se hizo cuenta alguna, considerándoles el padre mismo como indignos de ocupar el trono. Luego murieron todos ellos, uno tras otro, sin causar como era de temer, disturbios ni guerras civiles: cosa siempre rara en Africa.

Muley-Abu-fadhl-Abderrahman-ben-as-Sultan-Muley-Hixem, que con todos estos apelativos fué conocido entre los suyos el padre del actual soberano de Marruecos, nació en 1778 y tenia por consiguiente cuarenta y cuatro años cuando sucedió á su tio en el trono. Hallábase de gobernador en Suira ó Mogador cuando recibió las nuevas de la muerte de Muley-Suleiman y de su inesperada fortuna. Al punto se encaminó á Marruecos, en donde fué muy bien recibido y de todos aclamado por soberano. Desde allí puso los ojos en la ciudad de Fez, porque en la parte de ella que se llama Fez el nuevo, separada de la otra, á la cual dicen Fez el viejo por el rio Guadilchenhari ó de las Perlas y tan frecuentemente discorde con ella en sentimientos y opiniones, se hallaba fortalecido Muley-Said, desde que en Xeferaz fué derrotado por Muley-Sulei-

man; y todavía se mostraba esperanzado en alcanzar el imperio. Escribió Muley-Abderrahman á los de Fez el viejo, preguntándoles si eran gustosos en la designacion del tio, y si tomándole por señor querian ayudarle á desalojar á su émulo de Fez el nuevo. Contestáronle que reuniendo todo el ejército que pudiera se viniera con él para Mequinez, y asi lo hizo. Iban juntándosele por el tránsito numerosas cabilas y muchas gentes armadas, que con gran entusiasmo le aclamaban por soberano; y de esta suerte, cuando llegó Muley-Abderrahman á aquella ciudad se encontró con poder para acabar cualquiera empresa. En Mequinez recibió el Sultan nuevos mensajeros de Fez el viejo, diciéndole que caminase aun algunas leguas hasta ponerse en la ribera del Guadiemquez, donde saldrian á esperarle y tendria lugar su proclamacion. Es el Guadiemquez rio de algun caudal que, pasando por delante de Fez, á no muy larga distancia de los muros va á descargar en el Sebú sus aguas. Al llegar Muley-Abd-el-rahman con su ejército á la orilla izquierda del rio, le saludaron desde la orilla opuesta millares de hombres, venidos del contorno para verle y aclamarle. Distinguianse entre todos los habitantes de Fez el viejo, y no pocos de Fez el nuevo, que unidos ya con sus conciudadanos, mostraban el natural júbilo de la paz, despues de tantas discordias: júbilo que mas acrecentaba la fama de las buenas partes que asistian al nuevo soberano. El eco de las salvas que allí hicieron millares de espingardas y el rumor y vocería de las gentes que corrian al encuentro de Muley-Abder-el-rahman, debieron llegar hasta Muley-Said, sirviéndole de mortales tormentos. Mientras su competidor recibia el homenage de tantas tribus y cabilas, y era aclamado de ellas como Amir-el-mumenin de todo el Mogreb-el-aksa, él abandonado de sus mas fieles compañeros, desdeñado de la poblacion que oprimia con su imperio, sin armas ni soldados, no tenia otro recurso que ponerse en manos de su contrario y esperar de su generosidad la vida. Obtúvola, y ademas una renta proporcionada á su rango, con obligacion de no salir de Tafilete, donde permaneció tranquilo el resto de sus dias, que

no fueron largos. Entretanto Muley-Abderrahman, desde las orillas del Guadiemquez se vino acompañado de innumerable gentío á Fez el viejo, y desde allí á Fez el nuevo, cuyos moradores le abrieron las puertas, recibiéndole tambien con grandes demostraciones de júbilo. Llegado á la alcazaba recibió en ella el homenaje de todos los alcaides y faquies y repartiendo mercedes entre los principales de sus vasallos, y poniendo en órden alguna de las cosas revueltas con la guerra civil, dió principio á su gobierno.

Fué este tranquilo como ninguno se hubiese conocido hasta entonces en Marruecos. Un reposo patriarcal, apenas interrumpido por alguna sedicion parcial y por la guerra estranjera, habria permitido al imperio desarrollar su prosperidad y su cultura, si esto fuese compatible con su religion y sus instituciones. Pero nadie recordaba ya siquiera las atrevidas reformas de Sidi-Mohammed: el fanatismo musulman parece que crecia de año en año, segun se aumentaba la ignorancia; y con escasa fortificacion y armamento las plazas; completamente desorganizada la fuerza militar y desarmada la escasa marina de guerra; Marruecos fué durante el reinado del nuevo Sultan una de las mas bárbaras y de las mas débiles potencias de la tierra. La poblacion, copiosísima en tiempos antiguos, hay quien supone que no pasaria ya de ocho millones y medio de almas, y esas desparramadas en un espacio de mas de setenta mil leguas cuadradas. No es fácil tener datos verosímiles ó probables acerca de una poblacion donde la estadística y lo que se entiende por administracion en Europa, no existen ni de nombre; pero es indudable la despoblacion casi general del imperio. Los límites de este eran como en tiempo de Boco, el mar Mediterráneo y el estrecho de Gibraltar al Septentrion, los arenales de Sahara al Mediodia, los cabos de Espartel y de Num con el Océano Atlántico al Occidente, y al Oriente el rio Moluca ó Muluya y la antigua Numidia, parte aun de la regencia de Argel. Las rentas del imperio las calculaba Badia en su tiempo en veinte y cinco millones anuales de francos, y como ni los empleados